

THERE WAS ONCE A MINE OF GOLD IN PERU, LATER IT BECAME A COPPER MINE,
AND NOW THEY SELL THE WATER THAT COLLECTS IN THE BOTTOM

NITRATO

NITRATO

XAVIER RIBAS

- 9 *Presentación*
Bartomeu Marí
Miguel López-Remiro
- 13 *El despliegue del dispositivo documental*
Carles Guerra
- 29 *Tráfico de nitrato*
Louise Purbrick
- 39 *Espacios de circulación*
Max Jorge Hinderer Cruz
- 43 *La fotografía de un territorio inhóspito*
Andrea Jösch
- 47 *Trabajadores del salitre y politización popular
en Tarapacá a principios del siglo xx*
Pablo Artaza Barrios
- 101 *La riqueza salitrera de Tarapacá (1908)*
Mabel Loomis Todd
- 167 *Espacialidades*
Alberto Martín
- 172 *Lista de obras de la exposición*

Presentación

Nitrato, la obra de Xavier Ribas (Barcelona, 1960) que constituye el contenido principal de esta publicación, representa uno de los vértices de mayor visibilidad de su trabajo desde el año 2009 hasta el presente. Esta publicación monográfica, más la investigación *Traces of Nitrate: History and Photography Between Britain and Chile*, que el artista ha desarrollado en la Universidad de Brighton junto a la historiadora Louise Purbrick y el fotógrafo Ignacio Acosta con el apoyo del Arts and Humanities Research Council (AHRC), completan un trabajo que, por su complejidad, habríamos de considerar como todo un dispositivo documental (<http://arts.brighton.ac.uk/projects/traces-of-nitrate>). *Nitrato* representa una práctica artística con un pie situado en un departamento universitario y el otro en el espacio del museo. El uno no se entiende sin el otro, y viceversa. Y eso es porque la práctica documental de Xavier Ribas articula diferentes acepciones de la investigación, tanto académica como artística, y recuerda en cierto modo aquella tradición crítica de la fotografía que cristalizó en forma de género artístico en la década de 1970: un tipo de composición que exigía la combinación de datos y fotografía, y cuyo resultado se acercaba al periodismo de investigación. La obra de Ribas adopta este método de elaboración que le proporciona una renovada calidad formal y donde el formato y la secuencia espacial de las imágenes cobran protagonismo.

Xavier Ribas se dio a conocer a mediados de la década de 1990 con sus trabajos sobre la ocupación espontánea de la periferia urbana. Pronto se convirtió en el representante de una fotografía documental nueva: las escenas de *Domingos* (1994-1997) le proporcionaron un reconocimiento inmediato. En ellas registraba los hábitos de quienes hacían uso de su tiempo libre en los descampados contiguos a polígonos industriales o en las nuevas playas de Barcelona robadas a un barrio obrero en ruinas. La Barcelona postolímpica que ha fotografiado Ribas revela la pérdida de centralidad del trabajo clásico y el salto de una sociedad industrial a otra orientada a una economía de servicios en la que el ocio y el estilo de vida han colonizado la experiencia urbana. En ese proceso de cambio la ciudad se ha transformado en un lugar para ser consumido, y ante la enorme pujanza de las representaciones urbanas la fotografía documental ha encontrado en ella el escenario idóneo para ejercer un contradiscurso crítico.

Tras dos décadas de trabajo, Xavier Ribas se ha ganado una reputación de fotógrafo comprometido con las geografías del abandono: zonas de extrarradio; márgenes de carreteras donde se ejerce la prostitución o donde hay espacios transformados en santuarios que identifican el lugar de accidentes de tráfico mortales; fronteras de todo tipo y condición; o puntos de asentamiento temporal en los que la presencia humana es objeto de políticas de expulsión. A lo largo de ese periodo en que ha satisfecho su condición documental, la fotografía de Xavier Ribas parece haberse ahorrado cambios de estilo. Sus trabajos más recientes sobre la historia moderna de la extracción del nitrato de Chile corroboran que no ha modificado sustancialmente la idea que tenía del medio. Pero en este caso las condiciones específicas de ese mineral –cuya extracción y procesamiento generan plusvalías extraordinarias y dan origen a procesos de circulación, resignificación y mutación de forma– sí que han contaminado poco a poco los usos documentales de su fotografía. Ahí es donde *Nitrato*, este proyecto organizado por el Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA) en coproducción con el Museo Universidad de Navarra, ha desplegado un potencial documental específico que se sitúa entre la constatación de la ruina productiva –procedimientos obsoletos y olvidados– y la rememoración de un episodio del colonialismo occidental de la era moderna.

No puede obviarse que la investigación sobre el nitrato constituye un caso de estudio que devuelve a la actualidad las políticas extraccionistas practicadas durante siglos sobre todo en los continentes sudamericano y africano. Como testimonian los registros documentales de las sucesivas plusvalías generadas, el nitrato experimenta unas mutaciones harto significativas: el salitre chileno llega hasta los salones de Inglaterra a finales de siglo XIX y sus atronadoras explosiones se expanden por los campos de la Europa enfrentada en la Primera Guerra Mundial. El nitrato de sodio extraído es un componente central de los explosivos que fabrica la industria armamentística de principios del siglo pasado además de servir como base para la fabricación de fertilizantes.

La celebración de los seminarios «Rastros de nitrato. Fotografía, capital financiero y movimiento obrero», coorganizado por el MACBA y el Museo Universidad de Navarra en octubre de 2013, permitió una primera aproximación a las diferentes voces y perspectivas de trabajo reunidas en torno a este proyecto. A las ponencias de los investigadores Xavier Ribas y Louise Purbrick, los seminarios de Barcelona y Pamplona sumaron las aportaciones de Andrea Jösch, Pablo Artaza, Max Jorge Hinderer, Ricardo González y Mercedes Fernández Sagrera. Algunas de sus reflexiones quedan recogidas en esta publicación, que articula la investigación fotográfica de Xavier Ribas con el discurso crítico que ella misma ha generado. La práctica documental es en última instancia un trabajo que solo puede cerrarse con el debate sobre las imágenes en el marco de la propia obra, pues concibe la producción discursiva, no como algo ajeno a la fotografía, sino como una extensión de la misma.

Queremos expresar, finalmente, nuestro agradecimiento a Xavier Ribas por su generosidad e implicación en este proyecto, así como por la relación que, desde antaño, mantiene con nuestras dos instituciones. Y también a Carles Guerra, cuyo conocimiento de la obra de Ribas ha dado origen a esta exposición y a la publicación.

Bartomeu Mari
Director del Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA)

Miguel López-Remiro
Director del Museo Universidad de Navarra





A History of Detonations, 2013
[pp. 12 y 165] Vista aérea de un paisaje bombardeado en el Frente Occidental durante la Primera Guerra Mundial, c. 1918.

EL DESPLIEGUE DEL DISPOSITIVO DOCUMENTAL

CARLES GUERRA

Desde el año 2009 Xavier Ribas ha dedicado su práctica fotográfica a investigar la historia natural del nitrato. A diferencia de sus series anteriores en las que el paisaje anclaba la experiencia documental y empírica del autor, el nitrato despliega una vasta geografía que desafía la posibilidad de ser contenida por la visión fotográfica. *Nitrato* ha tomado la forma de un ensayo que explora la historia política y geológica de Chile para articularla con los flujos financieros y de consumo europeos. De tal modo que la geografía de este material da forma a una estructura colonial. La representación de este sistema de extracción de recursos naturales iniciado a finales del siglo XIX –y que ahora nos atrevemos a calificar como una modernidad extraccionista– ha exigido un dispositivo documental que recalifica el papel de la fotografía.

Una de las piezas centrales de *Nitrato* muestra una amplia extensión del desierto de Atacama, justo allí donde los trabajadores de las antiguas *oficinas* salitreras removieron el suelo y rompieron la costra para extraer el caliche. La composición en forma de retícula recuerda los procedimientos arqueológicos mediante los cuales se profundiza en la historia de un enclave. Las treinta y tres fotografías que conforman el políptico *Desert Trails* (Senderos del desierto, 2012, pp. 64-87) aportan una detallada descripción orográfica del suelo y sus accidentes. En un primer plano se aprecian los escombros de la explotación minera y mucho más lejos, en el horizonte, se perciben petroglifos que han perdurado a lo largo de siglos. De manera que el tiempo histórico contenido en esta pieza excede el tiempo de la observación documental, hasta el punto que una adecuada genealogía de esas rocas amontonadas en el desierto requerirá una investigación de corte materialista.¹

Eso explica que para llevar a cabo un proyecto como *Nitrato*, Xavier Ribas haya modificado los límites de su práctica fotográfica. En este trabajo han confluído prácticas vinculadas a diferentes instituciones e intereses, tales como la investigación en bibliotecas y archivos, las entrevistas y viajes para realizar trabajo de campo, sin olvidar la recolección de materiales diversos. Una confluencia de saberes, métodos y formas de distribución del conocimiento que desbordan el medio de la fotografía y que nos empujan a considerar *Nitrato* como un dispositivo documental, es decir, una serie de obras que tanto pueden ser leídas de forma conjunta y relacionada como autónoma. Cabe destacar que la mayor parte de las obras vinculadas a *Nitrato* integran la imagen fotográfica junto a imágenes de archivo, datos, relatos, noticias, inventarios, listados e incluso objetos, una prueba de que el dispositivo documental adopta

¹ Véase el texto de Louise Purbrick en esta publicación, pp. 29-38.

cualquier forma excepto la de un género fotográfico que tienda a consolidar su significado.

La definición del término *dispositivo* nos enfrenta a una disparidad de acepciones. Sin embargo, el aspecto más reseñable de todas ellas sería, tal como sugiere Giorgio Agamben, la «heterogeneidad» que «incluye virtualmente cualquier cosa, lo lingüístico y lo no-lingüístico», así como «discursos, instituciones, edificios, leyes, medidas policiales, proposiciones filosóficas, etc.», para concluir que «el dispositivo en sí mismo es la red que se establece entre estos elementos».² Aunque podríamos ir más lejos y afirmar que el dispositivo documental empleado por Xavier Ribas replica la estructura formal del nitrato. Dado que esta materia prima hace gala de una gran versatilidad transformando su composición, sus usos y hasta su proceso de fabricación, la inserción del nitrato en las redes del comercio global lo sitúa en el centro del dispositivo por excelencia. El entorno natural del nitrato, una vez extraído de la tierra, pasará a ser la circulación del capital.

Dos importantes series de Xavier Ribas del año 2009, *Melilla Border Fence* y *Ceuta Border Fence*, anticipan en su trabajo la formulación de lo que David Harvey llamó «los espacios del capital».³ Las vallas que rodean estos dos enclaves españoles en el norte de África dibujan fronteras que el fotógrafo anduvo de extremo a extremo, en toda su extensión. La instalación de ese doble muro conforma un dispositivo de vigilancia que impide el paso de los inmigrantes procedentes del sur. Al regular la libre circulación de personas, el proyecto modernizador asociado al capital muestra sus inconsistencias más graves. Estas costosas y sofisticadas infraestructuras son herederas de las grandes obras públicas que la fotografía del siglo XIX convirtió en emblemas de la misión colonizadora. Como dijo Xavier Ribas, «en esas fotografías, los puentes, carreteras, túneles y vías férreas representaban una idea de territorios en expansión, de movimiento, trayectorias y perspectivas cambiantes».⁴

Las fotografías de Ceuta y Melilla revelan que la visión fotográfica cede sus funciones de antaño a las nuevas tecnologías. En su lugar opera un dispositivo de vigilancia que ni siquiera confía en el control óptico. Las cámaras dejan paso a los detectores de temperatura. Sin embargo, la simbiosis entre la fotografía y la expansión del capital ha quedado plasmada en una abundante serie de álbumes. Xavier Ribas se inspiró en algunos de ellos para su proyecto sobre la frontera hispano-marroquí, una frontera multidimensional como él mismo recuerda. «Los álbumes de fotografías de obras públicas construidas en el territorio español a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX [...] registran el proceso de modernización.»⁵ Pero a pesar del tiempo transcurrido, esos paisajes siguen atrapados en un régimen visual que los instrumentaliza. Así

² Giorgio Agamben: «¿Qué es un dispositivo?», en <http://ayp.unia.es/r08/IMG/pdf/agamben-dispositivo.pdf>. Consultado el 18 de febrero de 2014.

³ David Harvey: *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal, 2007.

⁴ Xavier Ribas: *Geografías concretas [Ceuta y Melilla]*. Pamplona: Universidad de Navarra, 2012, p. 9.

⁵ El Museo Universidad de Navarra conserva ejemplares de los álbumes de James Clifford, Jean Laurent y José Martínez Sánchez a los que Xavier Ribas tuvo acceso. Véase Xavier Ribas, op. cit., p. 12.

pues, la función de un dispositivo documental –más allá de implementar técnicas de observación– consistirá en volver a esas representaciones del pasado exponiéndolas a nuevos significados.

En este sentido, el álbum fotográfico *Oficina Alianza and Port of Iquique 1899*⁶ que dio origen a la investigación académica llevada a cabo en colaboración con la historiadora Louise Purbrick y el fotógrafo Ignacio Acosta –y que se realiza en paralelo al proyecto documental de *Nitrato*– sigue siendo expresión de los intereses de una empresa global: todo lo que se espera del álbum es que movilice capital financiero e induzca flujos de inversión. Así es como las vistas de la Oficina Alianza fueron celebradas como una sólida promesa de beneficios. Con su agradecimiento, el que fuera el destinatario de aquel álbum suscribía el entramado que hacía de la fotografía industrial un género suspendido entre el discurso del arte y la lógica del capital. «Si el negocio produce un resultado correspondientemente bello...», decía en una nota manuscrita que se conserva dentro de dicho volumen, esto significará que la estética puede catalizar ganancias.⁷ Tal como dijo Allan Sekula en su precursor análisis de la representación del trabajo de las minas, esas imágenes son en sí mismas «elementos de una economía simbólica».⁸ Pero todavía advertía de un riesgo mayor: «Una eventual recepción postromántica [...] de estas fotografías es quizás más problemática aún.»⁹

Consciente de ello, Xavier Ribas resignifica las imágenes del desierto de Atacama. Ante la facilidad con la que afloran la memoria de las explotaciones salitreras y el pasado industrial, considera que los efectos políticos de estos clichés deberían examinarse de forma suficientemente crítica. Tal vez el más perverso de estos efectos fuera el que extiende la noción de recurso natural más allá del salitre, hasta incluir a los obreros. El nitrato contaminó la fuerza de trabajo que era necesaria para separarlo de la tierra y ponerlo en circulación. Entonces tampoco sería exagerado afirmar que los trabajadores de las oficinas salitreras fueron explotados, tal como hubiera dicho Teresa Brennan, del mismo modo que un recurso natural: sin derecho a representarse.¹⁰ Todo lo cual ha favorecido que el desierto se convierta en un lugar demasiado abstracto y proclive a ser celebrado por sus cualidades atmosféricas.¹¹ Un espacio en el que es necesario inscribir un acontecimiento de coordenadas específicas que ponga freno a la reproducción de ese estigma.

⁶ El álbum se conserva en el Museo Universidad de Navarra.

⁷ Henry Hucks Gibbs, Lord Aldenham (1819-1907), recibió el álbum enviado desde la Oficina Alianza, en julio de 1900, cuando era director de la casa mercantil Antony Gibbs and Sons y gobernador del Banco de Inglaterra. Véase p. 134 en esta publicación.

⁸ Allan Sekula: «Photography Between Labour and Capital», en Benjamin H.D. Buchloh; Robert Wilkie (eds.): *Mining Photographs and Other Pictures, 1948-1968: A Selection from the Negative Archives of Shedden Studio, Glace Bay, Cape Breton*. Halifax: The Press of the Nova Scotia College of Art and Design and The University College of Cape Breton Press, 1983, pp. 193-268.

⁹ *Ibid.*, p. 200.

¹⁰ Teresa Brennan: *Exhausting Modernity: Grounds for a New Economy*. Londres: Routledge, 2000.

¹¹ Véase el texto de Andrea Jösch en esta publicación, pp. 43-46.

Desert Trails –la obra que comentamos con anterioridad y que representa mejor que ninguna otra la extensión del desierto como un campo semántico abierto e inconcluso, y que no obstante invita a una multiplicidad de lecturas– se cierra por uno de sus extremos con la fotografía de la desaparecida sede del sindicato Unión de Trabajadores Ferroviarios Consejo de Santiago, desde donde partió el cortejo fúnebre del líder socialista Luis Emilio Recabarren el 21 de diciembre de 1924 (p. 63). Esta imagen singular, por oposición al políptico con el que se asocia, reintroduce la dialéctica y rompe con la inercia de las interpretaciones que impregnan el espacio del desierto. De repente, el desierto deja de priorizar una percepción estética y se asocia con la historia del movimiento obrero.¹² Recabarren, el fundador del Partido Obrero Socialista (POS) en 1912, es la figura que marca el punto de inflexión entre una geografía pasiva que padece los abusos extraccionistas y el proceso de representación política que promete emancipar la fuerza de trabajo.

La tradición fotográfica del sublime industrial, la misma que flirtea con la fusión de lo bello y lo rentable –y respecto a la cual el dispositivo documental de Xavier Ribas trabaja a contrapelo–, es la que se ha esforzado por mantener la ilusión de que la mano de obra es reemplazable por las instalaciones, equipos, máquinas y –en el caso de las explotaciones salitreras– por un paisaje que tras asimilar a los trabajadores como un recurso natural los ha hecho invisibles. Por eso, lo que se presta a análisis en las grandes composiciones fotográficas de *Nitrato* parece ser un lugar abandonado e improductivo. Todo indica que el capital ha migrado dejando atrás una estela de inactividad y silencio. Y que finalmente se ha realojado en los nuevos espacios del capital financiero. Las once vistas de la City londinense que forman la serie *From the High-Rises Like Rain* (De los rascacielos como la lluvia, 2013, pp. 140-163) son el contrapunto de este péndulo que es la empresa colonial, unas imágenes que muestran el origen del capital que fue invertido en Chile. El extenso pie de foto que las acompaña expone el anuario oficial de la Bolsa de Londres del año 1908, donde aparece la trama de empresas y compañías implicadas en la explotación del nitrato (pp. 149-152), una información que nos recuerda el carácter positivista de toda práctica documental y sus afinidades con el periodismo de investigación. Aunque a fin de cuentas, esos datos no van a ofrecernos ninguna revelación sustancial puesto que no activan conexiones verificables con los lugares que aparecen en las fotografías de la serie. Ese vínculo se mantiene estratégicamente inactivo.

La lógica más relevante y específica de esta composición sobre la City de Londres viene determinada por aquellos lugares que en la década de 1990 fueron objeto de atentados con bomba. Cuando la policía británica atribuía la autoría de estas explosiones al IRA, lo hacía sirviéndose de la expresión «rastros de nitrato».¹³ La huella de la destrucción provocada por aquellos atentados ha sido reabsorbida como un estímulo inmobiliario que ha dado lugar a un paisaje de nuevas construcciones, y lo que en su día fuera un escenario traumático

¹² Véase el texto de Pablo Artaza Barrios en esta publicación, pp. 47-50.

¹³ El IRA utilizaba en sus atentados bombas de fertilizante.

hoy es un espacio ocupado por los empleados del sector financiero durante los recesos del trabajo.¹⁴ La conexión que Xavier Ribas introduce responde a una secuencia de acontecimientos violentos que jalonan las calles de la City. Y este sí que es un carácter esencial del dispositivo documental, la capacidad de crear una red a partir de sucesos cronológicamente discontinuos.

Dentro de esta red que conforma *Nitrato*, Xavier Ribas ha llegado a dar cabida a un amplio espectro de referencias. El ambicioso alcance geográfico e histórico del proyecto genera una disparidad de nombres y eventos: las sucesivas plusvalías de esta mercancía encarnadas por inversores como Henry Hucks Gibbs (1819-1907) o John Thomas North (1842-1896); las políticas de los sucesivos presidentes de Chile en materia de recursos naturales, tales como José Manuel Balmaceda (1840-1891), Salvador Allende (1908-1973) o Augusto Pinochet (1915-2006); la Guerra Civil chilena (1891) y la Primera Guerra Mundial (1914-1918), en las que el derecho a la extracción y comercialización del nitrato fue motivo de disputa; u otros momentos de gran violencia como la masacre que tuvo lugar en la Escuela Santa María de Iquique en 1907, cuando los obreros de las salitreras en huelga sufrieron una brutal represión; e incluso la voz de Mabel Loomis Todd (1856-1932), que fue testigo tanto del proceso de extracción del salitre como de la observación astronómica de Marte desde el desierto de Atacama, y cuya estancia en esa región tuvo lugar cuatro meses antes de que ocurriera la matanza de Iquique.

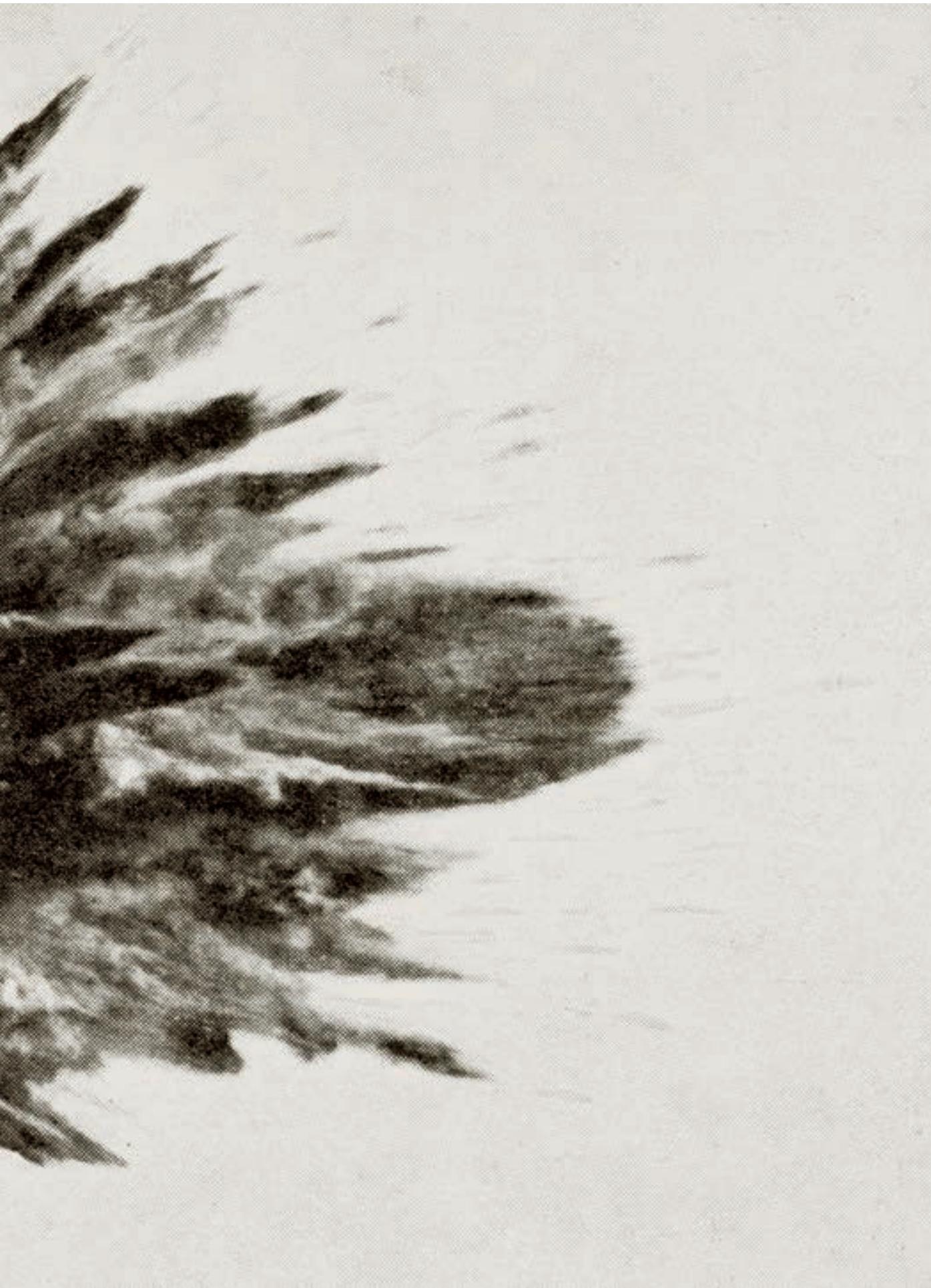
La serie que incluye imágenes de procedencia diversa, y que representa los esfuerzos por dar sentido a esta constelación, lleva por título *A History of Detonations* (Una historia de detonaciones, 2013), un signo evidente de que las preferencias del artista se decantan por un orden entrópico surgido de un caos relativo, como el que produciría una explosión de datos. Los acontecimientos citados en el párrafo anterior encadenan una secuencia aleatoria. Marte, Iquique, Alianza, Santiago de Chile, Chacabuco, Tyntesfield, Avery Hill, la City de Londres y tantos otros lugares dejan de pertenecer a la geografía real y pasan a formar parte del espacio discursivo que ha creado el dispositivo documental. En ese espacio común es donde se producen nuevas correlaciones, de modo que Mabel Loomis Todd podría haber resumido la arbitrariedad radical que atraviesa esta suma de hechos, sucesos, materiales y signos con esa frase anotada en un artículo suyo: «Aunque en Chile era invierno, en Marte era verano.»¹⁵ Pero el dispositivo documental no se limita a alterar y reorganizar datos históricos o geográficos. También afecta a la división del trabajo que segrega las competencias del investigador, artista y espectador o lector, así como las instituciones que los respaldan.

¹⁴ De las once fotos que componen la serie *From the High-Rises Like Rain* solo una de ellas contiene una referencia directa a los atentados: se trata de una placa conmemorativa en recuerdo de las tres personas que murieron en el atentado con bomba de 1992 atribuido al IRA. Otro indicio que posiblemente recuerde esos acontecimientos sería el edificio de Norman Foster construido sobre la antigua sede del Baltic Exchange, destruida por el atentado del mismo año.

¹⁵ Mabel Loomis Todd: «Our Ruddy Neighbor Planet», *The Independent* (9 de abril de 1908), Nueva York.

El uso que hace Xavier Ribas de la práctica documental adquiere las funciones de una plataforma vinculante, relacional y extremadamente productiva que, lejos de confirmar las diferencias entre la investigación académica y la artística, busca formas de representar la cooperación entre ambas. El proyecto respira la urgencia de articular instituciones cuyos cauces para divulgar el conocimiento son, en principio, distintos. Con este fin, el dispositivo documental crea un régimen capaz de gestionar el significado de la fotografía y los usos que de ella se hacen en contextos múltiples. Las imágenes de unas manos sosteniendo los negativos consultados en la sección de taxidermia del Natural History Museum at Tring, donde aparece el famoso galgo que fuera propiedad de John Thomas North (pp. 130-131), o esos otros de Mabel Loomis Todd (pp. 90-100) en la biblioteca de la Universidad de Yale, señalan el acceso al archivo como uno de los momentos más sintomáticos de este proyecto. Pero más importante aún, demuestra que la fotografía no depende exclusivamente de un dispositivo técnico, sino de un dispositivo abierto a incorporar prácticas a priori excluidas.

Carles Guerra es artista, crítico y comisario independiente. Desde finales de los años noventa ha prestado especial atención a las prácticas documentales postmedia, mediante exposiciones monográficas y publicaciones específicas. Es profesor asociado de la Universitat Pompeu Fabra.





A History of Detonations, 2013
[pp. 20 y 59] Población Jorge Inostrosa, Iquique, 2009. Los trabajadores asesinados en la Escuela Santa María el 21 de diciembre de 1907 fueron enterrados en una fosa común sin identificar en el Cementerio 2, que fue demolido durante la primera mitad de la década de 1960 para dejar espacio para la ampliación del barrio.



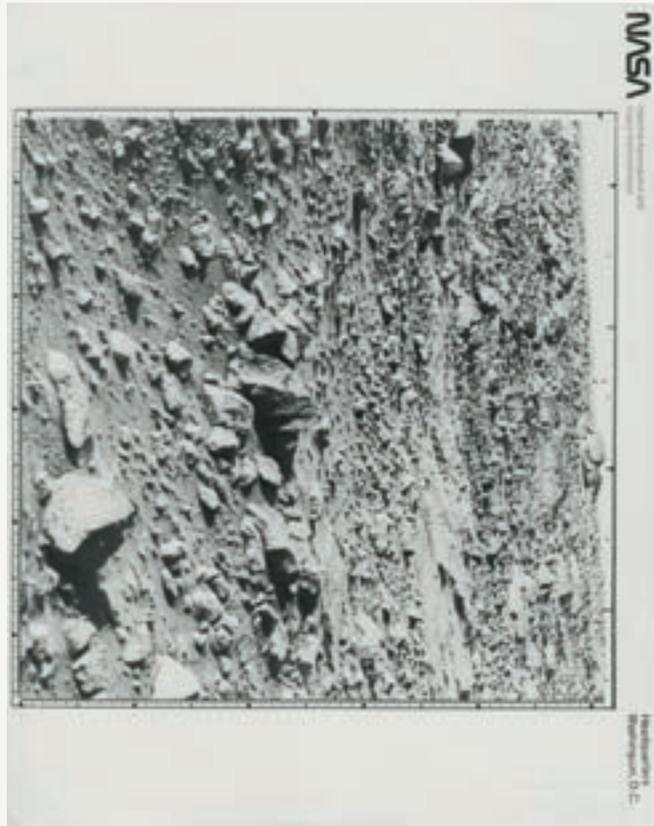
A History of Detonations, 2013
[pp. 22 y 57] Vistas panorámicas de las ruinas de la Oficina Alianza y el paisaje circundante tomadas en diciembre de 2011 desde la montaña de residuos.





A History of Detonations, 2013

Ataques del IRA en Londres, 1973. [p. 24] «Explosión delante del Old Bailey. Vista de los coches y ventanas destrozados del edificio de enfrente del Old Bailey, después de la detonación de esta tarde.» (Keystone, 8 de marzo de 1973). [p. 55] «Ola de fuego y cartas explosivas en Londres. [...] Una de las bombas incendiarias conectada a unas baterías descubierta hoy dentro de una cajetilla de tabaco – fotografiada en la conferencia de prensa de hoy en Scotland Yard.» (Keystone, 21 de agosto de 1973)

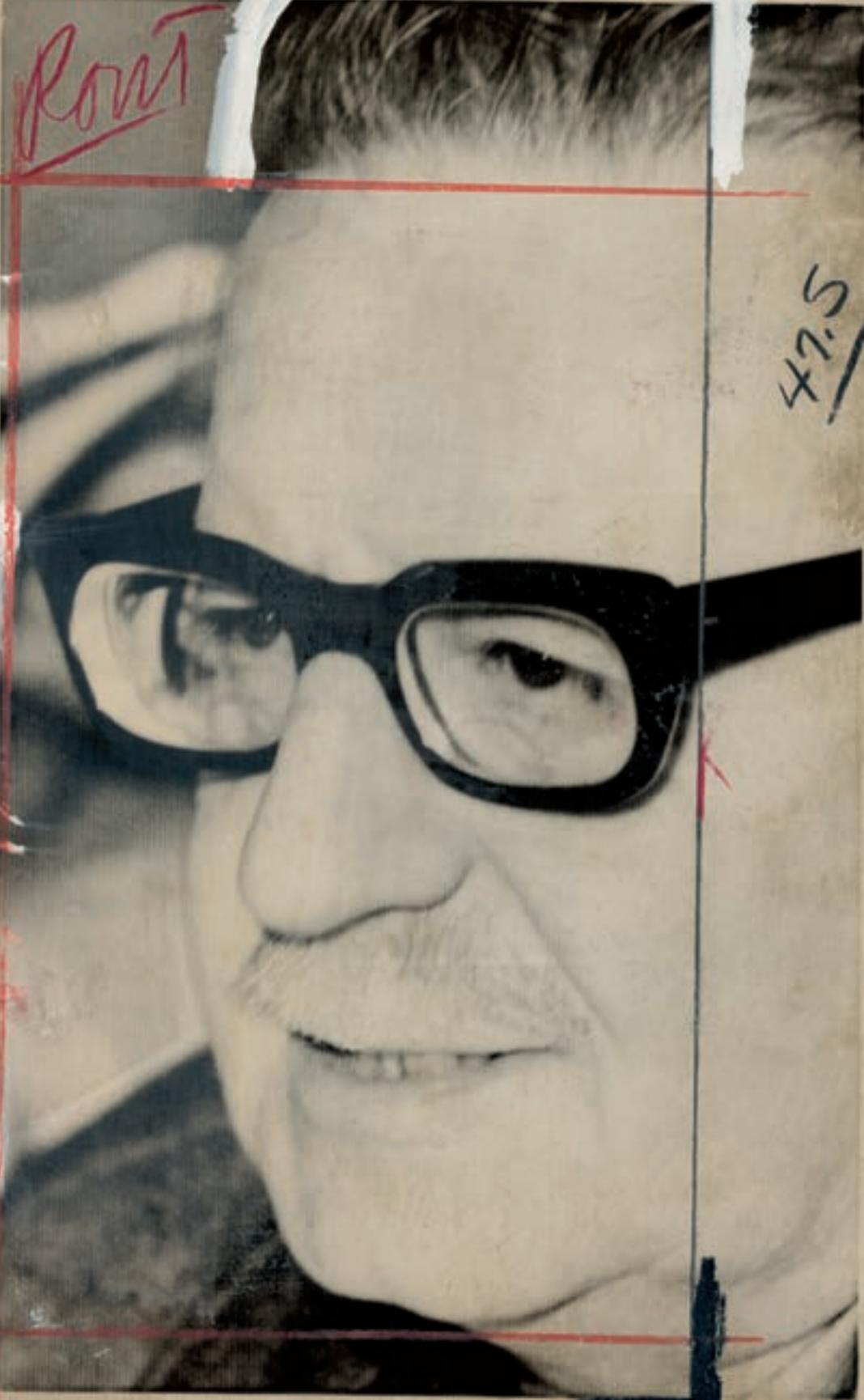




A History of Detonations, 2013

[pp. 26 y 53] Avisos de la presencia de minas antipersonas en los alrededores de la Oficina Chacabuco, 2011. En 1971 el presidente electo Salvador Allende declaró las ruinas de Chacabuco Monumento Histórico Nacional en memoria de los obreros del salitre. En 1973 el general golpista Augusto Pinochet convirtió Chacabuco en un campo de detención para prisioneros políticos. Esta decisión fue parte de una campaña no declarada de agresión al paisaje histórico del movimiento obrero chileno.

101
(NY) Oct. 17 (UPI) - NEW MARXIST PRESIDENT ELECT - Mr. Salvador Allende, the Marxist president-elect of Chile, declares that neither the Communist Party nor any other group will be allowed to run his government. The 62-year-old Socialist senator, who is to be confirmed as president next Saturday, insists that "there will be no dominance or supremacy by any party." Remember that I will be president ... and have the sense, the responsibility and the dignity to fill the highest post that can be granted to a man in our country," he declares. (AP Wirephoto) 10mb71710f 1970 See AF 1000 wire story



Rovt

47.5



A History of Detonations, 2013

[pp. 28 y 51] Atentado del IRA en Bishopsgate, Londres 1993. «Escena de la devastación, el lunes pasado, que muestra el Hong Kong and Shanghai Bank, a la derecha, y el cráter, abajo a la izquierda, producido por una bomba oculta en un camión volquete que explotó el sábado 24 de abril. La explosión causó la muerte de una persona, hirió a más de treinta y ocasionó daños de al menos 1.500 millones de dólares en el distrito financiero de Londres. El Ejército Republicano Irlandés ha reivindicado el desastre.» (AP Photo/Adam Butler, 26 de abril de 1993)

TRÁFICO DE NITRATO

LOUISE PURBRICK

Como la mesa de madera que baila, imaginada por Karl Marx en *El capital*, todas las mercancías son cambiantes.¹ Parecen metamorfosearse. Pero el salitre cambia materialmente. Su poder como sustancia y su valor como mercancía residen en su capacidad para cambiar de estado material a inmaterial, para transformarse y ser transformador. El salitre o nitrato de Chile es un nitrato sódico que, una vez procesado, se puede usar como fertilizante y para fabricar explosivos. Es el elemento nitrógeno, que constituye el 80 % de la atmósfera de la Tierra, en esta forma compuesta que puede acelerar o destruir la vida.

Transformación del capital

El mineral que contiene el salitre, conocido como *caliche*, se encontraba por todo el desierto de Atacama, justo debajo de su superficie. Había grandes extensiones de caliche, pero la extracción de su salitre no estaba muy extendida. El desierto más seco del mundo no proporcionaba agua ni leña para el proceso de elaboración, que requería saturación y calentamiento. Existen documentos sobre la elaboración de salitre en Perú, cerca de Lima, procedentes del periodo colonial español. Un informe del siglo XVIII describe cómo los «indios» trituraban el caliche en trozos pequeños, los sumergían en agua durante un día, luego los hervían y dejaban enfriar el agua para que el salitre cristalizara. Disueltos de nuevo y secos, se utilizaban como explosivo en las minas de plata.² Las primeras salitreras se desarrollaron a partir del proceso indígena de elaboración. Grandes conos invertidos denominados *fondos* se llenaban de caliche y agua, que se hervía y luego se vertía en bateas, unos depósitos donde el salitre se enfriaba hasta cristalizar. Lodo y sal —el *ripio* o residuo de la elaboración de salitre— permanecían en el fondo.³ Aunque el procesamiento del salitre se inició antes de la independencia de Perú en 1821, únicamente se desarrolló como industria en el desierto de Atacama, entonces territorio peruano, cuando compañías británicas se hicieron con los mercados sudamericanos abandonados por España. «[Las] casas mercantiles eran las entidades comerciales básicas de la expansión británica», escribe Michael Monteón.⁴ El desierto se capitalizó. Antony Gibbs & Sons, exportadores de guano peruano, eran en 1865 socios de Tarapacá Nitrate Company. Tenían el capital, y lo prestaron, para crear las denominadas *oficinas salitreras* de la pampa del siglo XIX, fábricas en el desierto.

¹ Karl Marx: *El capital*. Madrid: Siglo XXI, 1975, tomo 1, p. 87 (2ª ed.).

² M.B. Donald: «History of the Chile Nitrate Industry», *Annals of Science*, vol. 1, núm. 1 (1936), pp. 37-38.

³ *Ibid.*, pp. 39-40.

⁴ Michael Monteón: «The British in the Atacama Desert: the Cultural Bases of Economic Imperialism», *The Journal of Economic History*, vol. 35, núm. 1 (marzo de 1975), p. 118.

Se tendieron vías ferroviarias por todo el desierto para obtener el caliche y procesarlo, y para llevar el nitrato resultante a los puertos; se importaron herramientas, maquinaria, sacos de yute. Se transportó agua para elaborar el salitre y agua para que los obreros del salitre pudieran saciar su sed. En una tierra vacía, sin nada excepto minerales explosivos en abundancia, era preciso abastecerse de todo. Antofagasta Nitrate & Railway Company constituye un claro ejemplo de ello.

En 1860, José Santos Ossa, un aventurero chileno, descubrió caliche en Cobija (Bolivia). El Gobierno boliviano le otorgó una concesión libre de impuestos para explotar y exportar el nitrato de su territorio, que entonces se extendía hasta el sur de Atacama. Ossa intentó establecer su propia *oficina*, pero al carecer de una infraestructura de transporte y tener que depender de mulas de carga sus esfuerzos fracasaron. Tuvo que vender, y Antofagasta Nitrate & Railway Company –cuyos socios ingleses eran Antony Gibbs & Sons– pasó a explotar la concesión.⁵ Esta adquisición tiene una gran importancia en la historia del tráfico de nitrato. En 1878, la Asamblea Nacional boliviana decidió imponer un derecho de exportación por medio del cobro de un impuesto sobre el nitrato extraído por la compañía bajo control británico. Pero esta se negó a pagar. El Gobierno chileno protestó declarando que esa imposición sobre derechos de exportación violaba un tratado de 1874 que permitía operaciones libres de impuestos en zonas fronterizas objeto de disputa. Las amenazas diplomáticas fracasaron. La propiedad y la producción de Antofagasta Nitrate & Railway Company fueron confiscadas. Se anunció una subasta para el 14 de febrero de 1879 y acto seguido el Ejército chileno ocupó el puerto de Antofagasta. Había comenzado la Guerra del Pacífico, con el salitre como detonante.

Chile ganó la guerra frente a la alianza de Bolivia y Perú, y aumentó su territorio en un tercio con la incorporación del desierto de Atacama y los puertos del Pacífico. Posteriormente vendió el desierto. El Gobierno chileno, ante las presiones ejercidas por los inversores de Londres que buscaban compensación por su pérdida de los bonos peruanos en los campos de salitre que ahora formaban parte del territorio chileno, concedió a cambio el derecho de explotación minera a especuladores capitalistas que habían comprado certificados devaluados por la guerra.⁶ John Thomas North –conocido más tarde como el Rey del salitre– y su socio Robert Harvey compraron minas de este modo. La transformación del salitre, su extracción de mineral a químico, de caliche a mercancía, alteró el propio desierto. La transformación de la materia provocó un cambio en la historia: un realineamiento de fronteras en América del Sur y de las relaciones económicas mundiales. El desierto de Atacama ya no era un paisaje nacional de Perú, Bolivia o Chile, sino que pasó a incorporarse a una geografía del capitalismo europeo; era un «satélite» de un sistema económico,⁷ un emplazamiento de minas, un lugar de extracción de riqueza material, la opulencia de la corteza terrestre convertida en capital.

⁵ Thomas F. O'Brien: «The Antofagasta Company: A Case Study of Peripheral Capitalism», *The Hispanic American Historical Review*, vol. 60, núm. 1 (febrero de 1980), pp. 3-7; véase Michael Monteón, op. cit., p. 120.

⁶ Thomas F. O'Brien: «Chilean Elites and Foreign Investors: Chilean Nitrate Policy, 1880-82», *Journal of Latin American Studies*, vol. 11, núm. 1 (mayo de 1979), pp. 107-108 y 113-114.

⁷ André Gunder Frank: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Signos, 1971.

Transformación industrial

En 1885, Robert Harvey presentó un informe ante el Institute of Civil Engineers de Londres titulado «Maquinaria para la fabricación de nitrato de soda en la Oficina Ramírez, norte de Chile». Harvey, con anterioridad ingeniero en Cornualles, había sido inspector de minas en Perú antes de recibir el mismo nombramiento en Chile, cargo que le proporcionó información privilegiada para el éxito de las especulaciones de John Thomas North sobre los derechos mineros devaluados por la guerra. Ramírez es otro claro ejemplo. «La Oficina Ramírez», informaba Harvey al Institute of Civil Engineers, «es el mayor establecimiento de este género en el mundo.» No se refería a los campos de salitre, aunque eran realmente extensos, sino a la fábrica que él ayudó a montar:

En septiembre de 1882, el autor recibió instrucciones de los directores de Liverpool Nitrate Company, Limited, propietaria de campos de salitre de 15 kilómetros cuadrados en el distrito de Ramírez, en la provincia de Tarapacá, para preparar planos y estimaciones para la construcción de una *oficina* capaz de producir entre 6.000 y 6.500 toneladas de nitrato de sodio al mes, un volumen total superior en 1.000 toneladas al de la mayor de las *oficinas* entonces existentes. En enero de 1883 se presentaron los planos y especificaciones ante los directores de la Compañía, que dieron su aprobación, y el autor recibió instrucciones para encargar la maquinaria necesaria. Seis calderas de acero, de 9 metros de longitud por 2 metros de ancho, doble chimenea, con seis tubos Galloway, fueron construidos por R. Dalglish & Co., de St. Helen's. Doce tanques de cocción con tubos de condensación de acero, 90 bateas de cristalización, dos tanques de alimentación, un tanque de lavado de cinco compartimentos, así como tres tanques circulares, de 7,6 metros de diámetro por 3,6 metros de altura, fueron suministrados por las fábricas de Preston, Fawcett & Co. Las locomotoras y el material rodante, con una longitud de 4 kilómetros de ferrocarril portátil, así como dos motores semiportátiles para los pozos de agua, fueron fabricados por John Fowler & Co. de Leeds, y los motores, bombas, máquinas-herramienta, etc., por Tangye Brothers. Asimismo, tres máquinas trituradoras fueron fabricadas por North, Humphery & Dickinson, de la Fundición de Tarapacá, Iquique.⁸

Suya es la descripción de la industrialización del desierto. Con la excepción de las máquinas trituradoras fabricadas en Iquique, toda la maquinaria fue importada desde Gran Bretaña. El tráfico de nitrato estaba interconectado con el tráfico de capital en su forma más material: las estructuras de la producción industrial. Estas estructuras constituían un sistema, una importación simultánea. Los numerosos tanques metálicos en la Oficina Ramírez, y a lo largo de todas las *oficinas* de Atacama, se organizaron de acuerdo con el sistema Shanks, que responde al nombre del titular de la patente inglesa James Shanks. Su despliegue de los flujos gravitacionales de distintas densidades de líquido para incrementar la eficiencia industrial de la fabricación de sodio fue aplicado por el ingeniero de minas James

⁸ Robert Harvey: «Machinery for the Manufacture of Nitrate of Soda at the Ramirez Factory, Northern Chile», Paper No. 2086, *Proceedings of the Institute of Civil Engineers, 1884-85*, pp. 337-338.

Humberstone para la separación o lixiviación del nitrato saturado a partir de la sal y el barro de la roca de caliche. La mayor capacidad y eficiencia industrial, el mayor número de máquinas en condiciones de funcionamiento, aumentaron la necesidad de mineros de salitre, de más mano de obra. Las compañías salitre-ras británicas, tales como las administradas por John Thomas North o Antony Gibbs & Sons, instalaron maquinaria y crearon colonias industriales.

William Howard Russell, que acompañó a John Thomas North en un viaje muy publicitado a Tarapacá en 1889, dijo en referencia a la Oficina Ramírez:

Las instalaciones parecen muy amplias y completas. Un gran grupo de calderas, tanques, motores, dos chimeneas que se alzan en medio, barracas para los obreros y residencias para el personal [...] En la bifurcación del ferrocarril, un largo tren cargado con sacos de nitrato destinados al puerto esperaba el momento del transporte, y las explosiones cercanas de los tiros indicaban una gran actividad y capacidad de trabajo.⁹

El diario de viaje de Russell se publicó por entregas en *The Illustrated London News*. Otras publicaciones periódicas, *The Economist* en particular, acusaron a North de manipular un mercado del nitrato propenso a subidas y bajadas y a ofrecer solamente promesas de beneficios fundadas en ilusiones.¹⁰ Russell, célebre reportero de la Guerra de Crimea, aceptó la invitación de unirse al viaje de North, pero «para juzgar por mí mismo e informar sobre lo que viera».¹¹ Proporcionó detalles sobre la minería del salitre que confirmaron que se trataba de un negocio de cierta entidad. Describió sus procesos de extracción para sus lectores de Londres con una taxonomía industrial, una ordenación científica que se presenta como verdad: materias primas, maquinaria y trabajadores eran meticulosamente clasificados. Un *barretero* perfora un pozo; en la base del pozo perforado, un *destazador* cava una *taza*, o agujero; un *particular* hace explotar las capas superficiales del desierto.¹² Otra observadora, Mabel Loomis Todd, que acompañó a una expedición astronómica estadounidense en 1907, utiliza la misma clasificación taxonómica para explicar el proceso. Loomis Todd señala que la explosión y extracción se denomina *tiro*.¹³ Russell relata que el caliche se extrae de la *costra*, la capa de roca del desierto que se encuentra justo por debajo de la superficie. La superficie es la *chuca*. Un *corrector* inspecciona y pone precio al caliche una vez cargado en carros para su traslado a la *máquina*;¹⁴ era el supervisor, tal como Loomis Todd había observado: «el elegante corrector sobre su hermoso caballo es omnipresente.»¹⁵ En la *máquina*, los *acendrades* suministran el caliche a las trituradoras, y a los tanques de cocción (*cachuchos*), los *carreros*.¹⁶

⁹ William Howard Russell: *A Visit to Chile and the Nitrate Fields of Tarapacá*. Londres: Virtue, 1890, p. 197.

¹⁰ Harold Blakemore: *British Nitrates and Chilean Politics, 1886-1896: Balmaceda and North*. Londres: University of London/Althone Press, 1974, p. 66.

¹¹ William Howard Russell, op. cit., p. 2.

¹² *Ibid.*, p. 182.

¹³ Mabel Loomis Todd: «The Nitrate Wealth of Tarapacá» [manuscrito inédito], Mabel Loomis Todd Papers (MS 496C), Manuscripts and Archives, Yale University Library, p. 13.

¹⁴ William Howard Russell, op. cit., pp. 181-185.

¹⁵ Mabel Loomis Todd, op. cit., p. 14.

¹⁶ William Howard Russell, op. cit., p. 186.

Una carga de agua salada, el *agua vieja*, se añade al caliche triturado, que una vez calentado forma un líquido denso denominado *caldo*; este se vierte en bateas en las cuales quedará solamente el ripio, que retiran los *desripiadores*.¹⁷ Los *arrolladores* trabajan el salitre refinado en las bateas; los *canchadores* lo vacían en la *cancha* inferior para que se seque; los *retiradores* lo trabajan de nuevo para que los *llenadores* lo introduzcan en sacos de yute, para que a su vez los *cargadores* lo lleven a los vagones de tren.¹⁸ Como observa Russell, «todas las disposiciones para el funcionamiento de una *oficina* son minuciosas en la división del trabajo y de las responsabilidades».¹⁹ La organización de estas fábricas del desierto, la separación y especialización, eran características del capitalismo monopolista; la división y la descualificación del proceso industrial era su mecanismo de control.²⁰ Verdaderamente, la taxonomía de las tareas apenas ocultaba la similitud esencial del trabajo industrial: la minería del salitre era cuestión de trabajo duro.

Las rocas esparcidas por las explosiones se partían mediante palancas o se cuarteaban con zapapicos para separar el caliche, que luego se levantaba y arrojaba o bien se llevaba y dejaba caer en los carros para su traslado hasta la fábrica. Después se alzaban los carros para dejar caer el caliche en las trituradoras preparadas para los procesos de saturación y ebullición. El residuo de los tanques de cocción, el ripio, se cargaba con palas en otros carros y luego se arrojaba en escombreras, al tiempo que el nitrato disuelto y cristalizado de los secaderos se desmenuzaba mediante barras y picos. Los finos cristales resultantes se introducían con palas en sacos, que se cargaban en los vagones del tren, ya listos para su traslado a los puertos. Podemos aplicar aquí una descripción general de toda la minería del siglo XIX: «La materia prima de la industrialización era extraída de la tierra por los músculos de hombres ayudados exclusivamente por un pico y una pala.»²¹ La minería del salitre era laboriosa, y dependía de la mano de obra manual en un lugar inhóspito donde no vivía nadie. Jornaleros chilenos, bolivianos y peruanos eran llevados en cuadrillas a los campos de salitre. Estos *enganchados* habían sido captados por contratistas que trabajaban para la Asociación Salitrera o para ellos mismos; en cualquier caso, se les pagaba por cabeza. El sistema de *enganche* comenzaba con la celebración de una fiesta seguida por la promesa de una paga tres veces superior al salario rural de un peso diario. Pero los tres pesos de salario diario servían para atar a los obreros a las *oficinas* salitreras; muchos de ellos se endeudaban con el contratista por haberlos llevado a los campos de salitre o con la compañía para la que trabajaban, porque sus salarios no los cobraban en monedas sino en fichas. Este documento, con el sello de la propia compañía, era el único medio para comprar, a un precio abusivo, los productos en los almacenes de la misma, las latas de agua o las raciones de alimento necesarias para mantener una vida de trabajo en un desierto.²²

¹⁷ Mabel Loomis Todd, op. cit., pp. 15-16.

¹⁸ William Howard Russell, op. cit., p. 191.

¹⁹ *Ibid.*, p. 184.

²⁰ Harold Braverman: *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*. Nueva York: Monthly Review Press, 1974.

²¹ John Burnett (ed.): *Useful Toil: Autobiographies of Working People from the 1820s to the 1920s*. Harmondsworth: Penguin, 1984, p. 26.

²² Michael Monteón: «The Enganche in the Chilean Nitrate Sector, 1880-1930», *Latin American Perspectives*, vol. 6, núm. 3 (verano de 1979), p. 67.

Tráfico de nada

En la fábrica y en el campo, el salitre tiene sustancia. Su peso se sentía a medida que se cargaba con una pala o se introducía en un saco de yute; la cantidad desplazada del suelo del desierto al carro, del carro a la trituradora, del tanque de cocción al montón de residuos, del secadero al saco, del saco al tren, se medía por la fatiga de los brazos de los obreros, usados para palear y lanzar, palear y lanzar. Las propiedades abrasivas del salitre se manifestaban en su piel, de modo que se ataban protecciones de tela sobre zapatos y pantalones, y también en la cintura, para protegerse de la áspera sustancia. Pero esta enseguida desaparece. A medida que los sacos de salitre comienzan su viaje y se alejan de la *oficina*, la sustancia empieza a adquirir su forma de mercancía: una representación de la materia en torno a la cual circulan tarifas, impuestos, pagos, acciones; se convierte en una espiral de intercambios, y deja de ser un objeto sustancial, un objeto industrial.

Las vías férreas que iban desde el desierto hasta el mar y en las que el salitre cambiaba su estado de materia a idea, de sustancia a valor, eran una de las «claves» de los beneficios y la especulación.²³ Las compañías ferroviarias cobraban a las compañías salitreras por el transporte. Cobraban un precio excesivo. Se exigían elevadas tarifas por quintal, equivalente a unos 45 kilogramos. Una compañía salitrera podía ser propietaria de varios campos de salitre, *oficinas* salitreras y un almacén en el puerto de Iquique, pero dependía del ferrocarril. En 1887, John Thomas North adquirió 7.000 acciones de Nitrate Railways Company, propiedad de los Hermanos Montero de Perú, pero registrada en Londres en 1882. Al año siguiente se convirtió en director de la compañía. Henry Hucks Gibbs, director de la casa mercantil Antony Gibbs & Sons, se quejó ante el Foreign Office afirmando que «el monopolio de Nitrate Railways Company representaba una carga tremenda sobre el capital británico invertido en las salitreras».²⁴

En el momento de la exportación, a medida que los sacos de nitrato se cargaban en pequeñas embarcaciones denominadas *gabarras* para trasladarlos a veleros anclados en los puertos de Iquique o Pisagua en el Pacífico, el Gobierno chileno imponía su tasa por quintal. La elevada producción y exportación de nitrato favorecía los intereses nacionales chilenos: más nitrato significaba más ingresos. Pero el nitrato exportado en grandes cantidades bajaba los precios en los mercados mundiales. A las compañías salitreras les interesaba restringir la producción, reducir las exportaciones y subir los precios. Los monopolios reinaban. Se formaron sucesivas *combinaciones* de compañías que competían entre sí, es decir, una serie de monopolios mineros de salitre, para regular la producción. El exceso de producción era un problema para los capitalistas salitreros pero una fuente de ingresos para Chile. Nación y mercado se oponían fatídicamente. De hecho, en la segunda de tres *combinaciones* sucesivas, el mercado dividió a la nación y enfrentó al Congreso con la Presidencia en la Guerra Civil de 1891. Los intereses económicos del capital británico, los propietarios de las minas de salitre, los comerciantes salitreros y sus banqueros contaban en el Congreso con el apoyo

²³ Harold Blakemore, op. cit., pp. 45-60.

²⁴ Citado en Harold Blakemore, op. cit., p. 132.

de los opositores al presidente José Manuel Balmaceda. Este había intentado intervenir en la industria salitrera para detener la transformación del desierto de Atacama en una «simple factoría extranjera».²⁵ Los campos de salitre fueron tomados por fuerzas favorables al Congreso enfrentadas al ejército de Balmaceda; las compañías salitreras les pagaban el impuesto de exportación y John Thomas North fue acusado por su apoyo financiero directo a través del Bank of Tarapacá and London.²⁶ *The Times* informaba el 1 de abril de 1891:

Sin citar nombres (algunos de ellos son tan conocidos en la Bolsa de Londres como los puntos cardinales de la brújula), el hecho sigue siendo que, más allá de toda posibilidad de contradicción, los instigadores, los que mueven los hilos, los defensores financieros de la denominada revolución eran, y son, los propietarios ingleses o anglochilenos de los vastos depósitos de salitre de Tarapacá.²⁷

El nitrato es el precio de una acción, una cifra en un mercado y es en esta, la más inmaterial de sus formas, como domina el desierto. Se vuelve invisible. Una vez que el salitre ha sido extraído del desierto de Atacama, una vez que ha sido explotado, esparcido, levantado, transportado, triturado, paleado, volcado y cargado para su exportación, tan solo es visto de nuevo por los estibadores que trasladan los sacos desde el muelle hasta el barco o desde el barco hasta el muelle, o por los jornaleros rurales que vuelven a introducirlo en la tierra de los campos de Europa occidental para acelerar el crecimiento de cultivos con el fin de alimentar las pujantes ciudades. La puesta en funcionamiento de sus propiedades dinámicas es inconsecuente, permanece invisible. El nitrato es un valor arbitrario; sube y baja.

Liverpool Nitrate Company era propietaria de la Oficina Ramírez. La compañía pagó a sus accionistas un dividendo del 26 % en 1885, porcentaje que subió al 40 % en 1888. Acciones de 5 libras esterlinas se cotizaron a 35 en aquel año de máxima cotización, pero sus valores eran inestables.²⁸ «Crédulos inversores ingleses», escribe Michael Monteón, «proporcionaron a North buena parte de sus beneficios.»²⁹ North vendió la idea de las acciones de nitrato como rentables, maquinó un valor arbitrario hasta llevarlo a nuevos picos, infló los precios. *The Economist*, siempre crítico con las prácticas especulativas de North, expuso la manipulación al alza de los precios de las acciones del nitrato en 1894 como «un intento bien organizado y sistemático para tentar a los compradores a entrar en un negocio con precios enormemente aumentados antes de que la burbuja haya tenido tiempo de estallar».³⁰ La invisibilidad del nitrato, el comercio del valor ajeno a la materialidad, evolucionó hasta convertirse en ilusiones engañosas. North y sus socios comerciaron consigo mismos. Activos de la compañía de North –Lagunas

²⁵ Citado en J.R. Brown: «Nitrate Crises, Combinations, and the Chilean Government in the Nitrate Age», *The Hispanic American Historical Review*, vol. 43, núm. 2 (mayo de 1963), p. 235.

²⁶ William Edmundson: *The Nitrate King: A Biography of 'Colonel' John Thomas North*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2011, p. 118.

²⁷ Citado en *ibíd.*, p. 119.

²⁸ William Edmundson, *op. cit.*, p. 43.

²⁹ Michael Monteón: «The British in the Atacama Desert», *op. cit.*, p. 128.

³⁰ Citado en William Edmundson, *op. cit.*, p. 49.

Syndicate Limited, en situación de quiebra— fueron vendidos con beneficio en un mercado a la baja a Lagunas Nitrate Company, otra de sus compañías.³¹ North amasó y gastó una fortuna; compró una ruina, Kirkstall Abbey de Leeds, solo para poderla regalar; adquirió la mansión que había alquilado en los límites de Londres con Kent, Avery Hill, por 17.500 libras esterlinas y gastó al menos tres veces esa cantidad en convertirla en un palacio de estilo italiano. Cuando falleció en 1896, dejó una fortuna personal de 700.000 libras esterlinas.³² Por su parte, los beneficios de Antony Gibbs & Sons a finales del siglo XIX descendieron hasta 15.000 libras esterlinas anuales, pero su suerte cambió. A principios de la década de 1920 la compañía tenía un capital de dos millones de libras esterlinas.³³ En 1917, Herbert Gibbs, hijo de Henry Hucks y entonces director del negocio de su padre, había sido nombrado director de la Nitrate and Soda Executive, que compraba nitrato para las fuerzas aliadas en la Primera Guerra Mundial.

Explosiones de aire

Tres meses después del estallido de la Primera Guerra Mundial, el tráfico de nitrato se interrumpió. A principios de noviembre de 1914, barcos de guerra alemanes que habían hundido dos buques navales británicos, con la pérdida de 1.600 vidas, patrullaron la costa de Chile. Permanecieron allí durante un mes antes de partir hacia las islas Malvinas para atacar, reabastecerse y posteriormente incendiar Port Stanley. Una flota británica de seis cruceros de guerra interceptó a los siete buques alemanes; destruyó a seis, el séptimo fue capturado meses después. La batalla de las Malvinas se cobró 2.000 vidas pero, tal como explica Stephen R. Bown, «permitió a los aliados el bloqueo naval de Alemania».³⁴ El propósito del bloqueo fue similar a un sitio moderno: aislar a Alemania de los mercados mundiales, impidiéndole de este modo recibir suministros esenciales para un esfuerzo de guerra, como por ejemplo el nitrato. En 1913, en vísperas de la guerra, se exportaron casi dos millones y medio de toneladas de nitrato, de los cuales tres cuartos de millón fueron a Alemania, el mayor mercado individual.³⁵ El nitrato era el fertilizante favorito de los agricultores alemanes por su efecto acelerador sobre el cultivo de la remolacha destinada a la alimentación del ganado. El bloqueo aliado no solo afectó a la producción de alimentos sino también a la de armamento, tanto a los cañones como a los cereales.³⁶ La carencia de nitrato natural orientó la economía de guerra alemana hacia la dependencia de sus formas sintéticas. Fritz Haber había desarrollado, hacia 1909, un proceso de laboratorio de síntesis de amoníaco: nitrógeno e hidrógeno se combinaban a altas presiones

³¹ William Edmundson, op. cit., p. 48.

³² David Shorney: *A Brief History of the Mansion at Avery Hill* (1984). Thames Polytechnic Printing Services, 1990, pp. 3 y 6.

³³ Inés Roldán: «Gibbs, Herbert Cokayne», *Oxford Dictionary of National Biography*, vol. 22. Oxford: Oxford University Press, 2004, pp. 44-45.

³⁴ Stephen R. Bown: *A Most Damnable Invention: Dynamite, Nitrates and the Making of the Modern World*. Nueva York: Thomas Dunne Books, 2005, p. 197.

³⁵ Nitrogen Products Committee: *Final Report*, Ministry of Munitions, mayo de 1919, pp. 9-10.

³⁶ L.F. Haber: *The Chemical Industry 1900-1930: International Growth and Technological Change*. Oxford: Clarendon Press, 1971, p. 198. Citado también en Stephen R. Bown, op. cit., p. 219.

y temperaturas. En 1913, Carl Bosch inventó las estructuras industriales para la producción comercial del proceso de Haber; BASF abrió una planta de síntesis de amoníaco en Oppau. Inicialmente, produjo 8.700 toneladas de amoníaco para el mercado de fertilizantes, pero la producción se multiplicó por siete en 1915, hasta las 60.000 toneladas, para atender las exigencias de la guerra industrializada;³⁷ el proceso Haber-Bosch sostuvo el esfuerzo alemán.³⁸ Conocido como «fijación de nitrógeno», creó explosiones a partir del aire.

La escalada de la guerra significó que ni siquiera el suministro exclusivo de nitrato desde Chile para las fuerzas aliadas fuera suficiente. Al cabo de menos de un año de guerra, en mayo de 1915, tuvieron que hacer frente a la escasez de proyectiles. El Gobierno de coalición británico recién formado creó un Ministerio de Municiones que, en cuestión de pocos meses, había establecido 250 fábricas nacionales de proyectiles y controlaba la industria de armamento. El nitrato se convirtió en un ingrediente de la industrialización de la guerra, la producción masiva de explosivos de gran potencia. El desierto de Atacama fue sometido a una explotación más intensiva. Se extrajo más caliche de su superficie, se llevó a los carros, se transportó a las trituradoras; se acarreó más ripio a los montones de residuos; se cristalizó más nitrato, se secó, se desmenuzó, se introdujo en sacos y se llevó a los trenes; se exportó más nitrato. Según informó el Ministerio de Municiones, «a pesar de la pérdida del enorme comercio con Alemania, ha habido un aumento en la producción de nitrato de Chile durante el periodo de guerra».³⁹ Las propiedades transformadoras del nitrato que aceleraban los cultivos hacían lo mismo en favor de la destrucción. Pero su estado se alteró una vez más. Cuando los sacos salían de los puertos de Chile en el Pacífico o llegaban al Canal de la Mancha, el nitrato se encontraba en una forma lista para usarlo como fertilizante; sus cristales blancos podían simplemente introducirse de nuevo en la tierra. Pero liberar su furor más explosivo requería otra transformación. El nitrato debía mezclarse con cantidades iguales de ácido sulfúrico y destilarse mediante el proceso antiquísimo de la retorta,⁴⁰ un sistema de recipientes y tubos en bucle donde se recogía el ácido nítrico necesario para la producción de dinamita, nitroglicerina, y del nitrotolueno imprescindible para la fabricación de TNT (trinitrotolueno).

El impulso en favor del aumento de la producción en tiempo de guerra dio lugar a una escasez de mano de obra que se agravó tras el reclutamiento militar forzoso para ir al frente en 1916. Las mujeres trabajadoras, como está bien documentado, entraron en gran número en las industrias de ingeniería.⁴¹ Las mujeres fabricaban y llenaban los proyectiles. Un informe de 1918 sobre la contribución femenina a la fabricación de municiones, *The Woman's Part* de L.K. Yates, señalaba que «las mujeres llevan a cabo ahora todos los procesos». Los describió todos, incluido el empacado de un proyectil:

³⁷ *Ibid.*, pp. 93-95.

³⁸ Stephen R. Bown, *op. cit.*, pp. 219-220.

³⁹ Nitrogen Products Committee, *op. cit.*, p. 83.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 224.

⁴¹ Gail Braybon: *Women Workers in the First World War*. Londres: Routledge, 1981; Clare Wightman: *More than Munitions: Women, Work and the Engineering Industries, 1900-1950*. Londres: Longman, 1999.

Para un hombre puede significar poco abandonar sus pequeñas posesiones personales mientras está trabajando en las zonas de peligro, pero para un gran número de mujeres trabajadoras significa mucho no poder utilizar un broche, o una flor, mientras están de servicio; y que su anillo de boda, el único lujo que se pueden permitir, deba permanecer vendado con cordel mientras trabajan. Su cabellera, que normalmente le gusta trenzar o enrollar de distintas maneras, también debe ocultarse sin horquillas debajo del gorro. Debe dejar sus pertenencias personales antes de comenzar su tarea asignada; ninguna aguja de ganchillo ni de hacer calceta puede acompañarla en la zona donde la fricción del acero o de cualquier metal duro podría significar la muerte para una multitud de empleados.⁴²

El nitrato es un material terrible. La necesidad de proteger el cuerpo humano de sus efectos no se había percibido adecuadamente. No obstante, la ropa de los mineros de salitre, sus protecciones de tela contra sus propiedades abrasivas, advertían sobre su capacidad de confrontación con otros cuerpos: las mujeres trabajadoras y la infantería en el frente. Walter Benjamin reflexionó sobre las contradicciones de la «experiencia corporal» ocasionada por la «guerra mecanizada». Y las sustancias químicas que contenía este armamento desempeñaron su papel. «Una generación», escribió en *El narrador*, «se encontró súbitamente a la intemperie, en un paisaje en el que nada había quedado incambiado a excepción de las nubes. Entre ellas, rodeado por un campo de fuerzas de corrientes devastadoras y explosiones, se encontraba el minúsculo y quebradizo cuerpo humano.»⁴³

El efecto dinámico de los fertilizantes de nitrato sobre la tierra se compactó en el proyectil para convertir las cosechas abundantes en una árida tierra baldía. El nitrato transformaba otro paisaje, creaba otro desierto. La mayor parte del tráfico de nitrato terminó aquí, en los cráteres del frente occidental. En un extenso informe sobre los productos del nitrógeno elaborado al término de la Primera Guerra Mundial, el Ministerio de Municiones concluía que «los intereses nacionales exigen» el procesamiento de nitrato sintético.⁴⁴ Sin nada de la retórica de «la guerra que pone fin a todas las guerras», el Ministerio estaba ansioso por asegurar el suministro de explosivos para futuros conflictos: «Consideraciones de seguridad nacional, de finanzas y de utilidad, obligarían a un país a la política de adoptar métodos sintéticos como seguro contra futuras emergencias, en lugar de confiar en la importación del nitrato de Chile.»⁴⁵

Se predijo entonces que el precio del nitrato de Chile bajaría y que la industria entraría en declive.

Louise Purbrick es profesora de Historia del Arte y del Diseño en la Universidad de Brighton. Su trabajo de investigación se centra en la comprensión de la cultura material a través de la interpretación de artefactos industriales, objetos imperiales y lugares de conflicto, a menudo en colaboración con arqueólogos y fotógrafos.

⁴² L.K. Yates: *The Woman's Part: A Record of Munitions Work*. Londres: Hodder and Stoughton, 1918, p. 23.

⁴³ Walter Benjamin: «The Storyteller», en Hannah Arendt (ed.): *Illuminations: Essays and Reflections*. Londres: Fontana, 1992, p. 84. [«El narrador», en *Illuminaciones IV*. Madrid: Taurus, 2001, p. 112.]

⁴⁴ Nitrogen Products Committee, op. cit., p. 106.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 80.

ESPACIOS DE CIRCULACIÓN

MAX JORGE HINDERER CRUZ

*El Inca pregunta al español qué come: Cay coritacho micunqui?
[¿Es este el oro que comes?] – El español responde: Este oro comemos.
Guaman Poma, Nueva corónica y buen gobierno (1615)*

Según el teórico francés Félix Guattari, el capitalismo contemporáneo ha colonizado las superficies del planeta por completo. Para Guattari, el proceso de «integración»¹ del capitalismo mundial participa de un doble movimiento: en la extensión geográfica progresiva que se encierra sobre sí mismo, y en lo que denomina «expansión molecular proliferante», una suerte de sobrecodificación y control sobre todo tipo de actividad humana:

A partir del momento en que el capitalismo ha invadido el conjunto de las superficies económicamente explotables, deja de ser capaz de mantener el impulso expansionista que lo caracterizaba durante sus fases coloniales e imperialistas. De este modo, su campo de acción queda cercado y esto le obliga a recomponerse constantemente sobre sí mismo, sobre los mismos espacios, profundizando sus modos de control y de sometimiento de las sociedades humanas.²

El capitalismo mundial consigue este cercamiento integrando el conjunto de sus «sistemas maquínicos» de extracción de valor a los procesos del trabajo productivo y reproductivo, a los procesos de semiotización y a la producción del deseo. Como afirma Guattari, integrando a la totalidad de las actividades humanas.

Siguiendo este modelo, si se quieren comprender los modos de operación del capitalismo contemporáneo no basta con referirse a las dimensiones de expansión «horizontal», es decir, de movimiento territorial sobre la superficie o tectónicas macropolíticas. Es necesario pensar sus movimientos siguiendo vectores de tendencia «vertical»: temporalidades, encadenamientos de planos emergentes, confluencias, profundizaciones, procesos de transformación microtectónicos y, finalmente, la acumulación de tiempo para la creación de valores abstractos.

Sin duda alguna, la historia del mundo es la historia de sus movimientos. Pero si revisamos la historia podemos observar que los modos de operación del

¹ En latín el concepto de *integratio* significa «constituir o completar un todo», hacer que algo o alguien pase a formar parte de un todo o completarlo con las partes que faltaban.

² Véase Félix Guattari: «El capitalismo mundial integrado y la revolución molecular» (1981), *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2004, pp. 57-74. Publicado por primera vez en castellano en la revista *Archipiélago*, núm. 1 (1989), pp. 84-92.

capitalismo mundial que describe Guattari no son exclusivamente contemporáneos. Al contrario, todo momento de ruptura histórica –revolución, guerra, reconfiguración de territorios geográficos e innovación tecnológica– parece revelar también reconfiguraciones de los planos vectoriales, integrando en toda extensión territorial y actividad humana nuevas temporalidades, reajustes de los procesos de semiotización y producción de valor que se adscriben a vectores de tendencia vertical.

La historia de la modernidad y la del capitalismo están conectadas a la historia de sus expansiones territoriales, en particular a la historia de la conquista y la colonización de las Américas. Pero no solo están conectadas a la insaciable extracción de recursos y procesos de acumulación que genera la empresa colonial, sino también a la perpetua circulación de valores, a la expansión de redes de intercambio y a la creación de nuevas formaciones ideológicas y gubernamentales, de las que son indisociables. Esta dinámica fue decisiva para el desarrollo de las compañías de comercio coloniales, de barcos de guerra, de esclavos, de la industria pesada y de la industria agrícola, así como en la pauperización y despojo de los medios de subsistencia de grandes partes de la población instrumentalizada como mano de obra barata o gratuita en América y Europa por igual. La misma dinámica también fue determinante para el desarrollo de gigantescas máquinas de «producción de subjetividades» –como las campañas ideológicas de la Contrarreforma y el proyecto de evangelización de las poblaciones en las colonias–, en la estratificación de identidades de clase social y en el desarrollo de la banca y del mercado de valores.

Si bien los territorios históricos –ya sean imperios, centros urbanos y de producción industrial– que integran los modos de circulación del capital mundial de los siglos pasados no cubren la totalidad del planeta, podemos sostener que los procesos de cercamiento, sobrecodificación e «integración» del capital mundial pueden acontecer en cualquier espacio que carezca de la posibilidad de ampliarse territorialmente. Puede tratarse de núcleos de producción aislados –granjas, islas, fuertes militares–, pero también de todo tipo de circuito cerrado, autónomo y descentralizado. Desde que las tecnologías náuticas posibilitaron los procesos de circulación global, interconectando núcleos individuales, los valores en circulación pertenecen por igual a la horizontalidad y a la verticalidad de los procesos de integración del capitalismo mundial. Describen horizontalidades que forman parte de la división internacional del trabajo y migraciones de poblaciones enteras. Y al mismo tiempo describen vectores verticales: en la producción de conocimiento y en la fábrica como fuerza de trabajo, como combustible, en la alimentación del trabajador o del ganado, como abono en las plantaciones y generando procesos de alteración y temporalidades simultáneas.

Durante las décadas de 1960 y 1970, en la tradición crítica de la investigación de las raíces históricas del capitalismo y de la teoría anticolonial, las teorías de la «dependencia» y la polémica acerca de la crítica marxista y althusseriana de la ideología marcaron el horizonte discursivo. En el caso de Félix Guattari, la Escuela de los *Annales* y en particular el historiador Fernand Braudel y su teoría de tiempos diferenciados pueden ser considerados una importantísima referencia. Partiendo del análisis del Mediterráneo durante la

época de Felipe II, para Braudel era evidente que al pensar su transformación en el siglo XVI no se podía partir exclusivamente del Mediterráneo, reificando las identidades culturales de sus poblaciones específicas, la historia de sus guerras y de su comercio.³ Bajo Felipe II la economía del Mediterráneo ya es una economía global que incluye las extensiones coloniales, los intercambios transatlánticos al igual que los ejes de comercio Norte-Sur, así como las colonias europeas en Asia Suroriental. Lo particular del enfoque braudeliiano es que analiza los cambios microscópicos en los hábitos de los individuos ante el trasfondo de los procesos de globalización y el impacto que estos tienen en el cambio de alimentación, en el cultivo de las tierras y en su relación con los cambios medioambientales, tanto como en la vestimenta, las tradiciones y el desarrollo de códigos sociales, es decir, en el refinamiento de tecnologías y sensibilidades locales.

En general, el enfoque metodológico de la Escuela de los *Annales* se centra en el análisis de estructuras históricas de larga duración, prestando particular atención a los microplanos que las constituyen. Esta propuesta historiográfica repercutirá en nociones como las de un «sistema-mundo» (Immanuel Wallerstein), o una «larga memoria del colonialismo internalizado» (Silvia Rivera Cusicanqui), o en las «políticas de la memoria del cuerpo» (Suely Rolnik), que abren posibilidades de repensar la convergencia de los microplanos y macroplanos de la historia global desde un enfoque decididamente anticolonial y anticapitalista. Estos pensadores de tradición crítica, incluyendo a Guattari, comparten la convicción de que el análisis de los microplanos o macroplanos no necesariamente se contradice, sino todo lo contrario. Si queremos revelar las trampas de los patrones de identidad culturalistas y del idealismo historicista dominantes en las narraciones eurocéntricas de tradición burguesa, debemos comprenderlos de forma recíproca y complementaria.

La circulación de capital es por definición un movimiento transformatorio, un metabolismo que tiende a absorber sustancias, recursos, cuerpos vivos, tecnologías y conocimiento a lo largo de sus derivas, para más tarde procesarlos, sintetizarlos o degradarlos, y liberarlos en nuevos compuestos, cadenas de significación, particiones espacio-temporales y segmentaciones productivas. Uno de los ejemplos clásicos que la teoría de la economía política aplica para el estudio de la era industrial es el hierro, una materia prima bruta que se convierte en herramienta o medio de producción elaborado, gracias a la mano de obra viva, para extender las fuerzas productivas (artesanales o industriales) y ser reinsertado en el proceso de circulación de capital. El ejemplo del hierro es muy útil, porque es relativamente fácil de comprender: los ciclos de circulación siguen una lógica aditiva, relativamente homogénea, de tendencia emergente. Por eso mismo es un ejemplo que se presta a «naturalizar» la superposición de sus planos de circulación, y, por lo tanto, sugiere una naturalidad de los procesos que lo acompañan. Pero cabe recordar que el desarrollo de la industria jamás ha sido posible sin procesos de desterritorialización violentos, que sobrepasan

³ Fernand Braudel desarrolla su teoría de la larga duración (*longue durée*) en torno a la transformación del Mediterráneo como matriz medioambiental-económico-política durante el régimen de Felipe II. Véase *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1976.

las territorialidades de sus centros industriales: en África y América, la desposesión, migración y esclavización de poblaciones enteras; en Europa, la expulsión de grandes partes del campesinado de las tierras que trabajaban, con una relativa autonomía sobre sus medios de subsistencia, para convertirlos en proletariado industrial. La circulación del capital es un metabolismo absolutamente artificial y hostil a todo sistema que no se someta a su lógica.

Una de las leyes básicas que componen esta lógica es que en principio todo es intercambiable por todo. En el proceso de circulación, con la creación de valores abstractos y su inserción en procesos de semiotización, todo puede devenir todo: la sangre y el sudor derramados en los movimientos de la diáspora africana y sobre los campos de caña en el Caribe cristalizan como granos de azúcar en los salones de té y café de la burguesía emancipada, donde pasan a endulzar el discurso sobre los derechos humanos, la igualdad y la libertad. Las jornadas de trabajo forzado en las minas de los Andes, el esfuerzo tributario con el que los quechuas, urus y aimaras pagan a la Corona española su derecho a ser considerados humanos, pueden convertirse en cheques sin fondo en alguna transacción financiera al otro lado del océano.

Hacer visibles los espacios de circulación, comprender los encadenamientos y las ramificaciones sobre los microplanos y macroplanos que integran los procesos metabólicos de la historia global, es hacer visible las violencias que actúan sobre lo que muchas veces es asumido como un hecho natural. Es aquí donde la recuperación de la historia se convierte en un asunto ético. A todos los que estamos relacionados con la historia, a los que trabajamos con ella y deseamos darle visibilidad, nos corresponde tantear hasta qué punto los procesos de circulación, metabolización y transformación pueden contener, impulsar o desencadenar procesos de liberación. Porque todo valor en circulación es también una acumulación de temporalidades en movimiento, como una cápsula de tiempo con el potencial de estallar de forma calculada o inesperada, integrando o desintegrando territorialidades fijas, transgrediendo sus propias órbitas de funcionamiento y sistemas establecidos, generando sorprendentes encadenamientos moleculares o desatando avalanchas masivas de fuerza bruta, revoluciones o rupturas deseadas.

Max Jorge Hinderer Cruz es escritor, investigador y editor. Publica libros y ensayos sobre la historia de la economía colonial, filosofía estética y vanguardias del arte brasileño del siglo XX.

LA FOTOGRAFÍA DE UN TERRITORIO INHÓSPITO

ANDREA JÖSCH

Reflexionar sobre la representación visual del desierto de Atacama desde finales del siglo XIX es hablar de la construcción de un imaginario inhóspito, tanto desde su condición de paisaje despoblado como de los sistemas políticos y económicos de explotación de los obreros del salitre y los recursos naturales. Esto último puede relacionarse con la producción de imágenes estereotipadas de la gran minería chilena actual y con la imagen del norte de Chile que se exporta a nivel oficial. A 115 años de haberse publicado el álbum *Vistas fotográficas de las faenas y puertos salitreros*, producido por la Asociación Salitrera de Propaganda en 1899,¹ aún podemos darnos cuenta de cómo la imagen norteña es representada como el simulacro de una geografía marciana, como un entorno incógnito, de poesías y olvidos, así como de «la copia feliz del edén»² que nunca llegó.

La llegada desde Europa de las primeras cámaras fotográficas a nuestro territorio chileno en 1840³ no solo supuso un nuevo artefacto tecnológico capaz de transcribir objetos/sujetos en soporte sensible y fijarlos, sino que trajo consigo una manera de representar el mundo. El encuadre, la pose, el gesto, la disposición frente a la cámara y las posibilidades de retención de la imagen que estaban siendo introducidas iban a cambiar nuestra forma de observar el paisaje, su entorno y a nosotros mismos. Los primeros estudios fotográficos instalados en Chile fueron de extranjeros; franceses, norteamericanos y alemanes⁴ llegaron al territorio nacional para ofrecer sus servicios. En esa época la fotografía insistía en el registro como *espejo de la memoria* (pero de quienes tenían acceso a ella) y como crónica visual de la modernidad, sin importar que el paisaje se domesticara para tales fines y que los habitantes del lugar pasaran a ser sujetos-máquinas (los obreros) y cuerpos salvajes (los indígenas).⁵

Otro tema importante de la fotografía era el viaje, concebido como la forma de conocer lugares y realidades diversas, aunque a su vez era la validación

¹ Álbum perteneciente a la colección del Museo Histórico Nacional, Santiago de Chile.

² Verso del himno de Chile tal como lo conocemos en la actualidad, redactado por el poeta Eusebio Lillo en 1847.

³ La primera cámara de daguerrotipia llegó a Chile a bordo de la fragata *La Oriental*, que se hundió frente a las costas de Valparaíso, Chile, tras zarpar rumbo al Norte; las primeras imágenes panorámicas del territorio chileno yacen en las profundidades del océano Pacífico.

⁴ Hernán Rodríguez Villegas: *Historia de la fotografía. Fotógrafos en Chile durante el siglo XIX*. Santiago de Chile: Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, 2001.

⁵ Véanse las publicaciones de fotografía patrimonial de Pehuén Editores, y en particular la colección «Relatos del Ojo y la Cámara: Fotografía Patrimonial Chilena», dirigida por Margarita Alvarado, Mariana Matthews y Carla Möller. Santiago de Chile: Pehuén Editores, 2005-2009.

visual de un sistema de representación que estaba deslumbrado por las expediciones, el progreso y la industrialización. Por ello no es extraño que la mayoría de las imágenes guardadas en los archivos más importantes del Estado⁶ sean las que documentan aquel *mundo moderno* a través de panorámicas industriales, faenas obreras, retratos estandarizados, etc., como si se quisieran registrar mecánicamente las huellas de un sistema que suponía un avance socioeconómico y una imagen patriótica, sin darse cuenta de que décadas más tarde serían leídas como evidencias y omisiones de lo indeseable.⁷ Pero no hay que olvidar, como dice Ronald Kay, que existe «la posibilidad [...] de estar simultáneamente *en* la mirada y *fuera* de ella, sin abandonar lo visible».⁸ Esto hace comprender la necesidad de leer el «fuera de encuadre» de toda imagen.

En general, la producción del arte contemporáneo del último siglo ha utilizado la fotografía para la relación política de sus postulados e ideologías, pues es ahí donde ha encontrado un diálogo con el mundo. Y más aún en un momento en el cual la imagen fotográfica no solo remite a su funcionalidad, sino a la construcción de sistemas complejos de comunicación de la sociedad.⁹ Podríamos decir que la imagen es ideología y poder; por ello la fotografía debería leerse siempre dentro de su contexto de época para no quedarnos limitados por su interpretación como imagen oficial.

Como decíamos, las imágenes oficiales del salitre y las salitreras de finales del siglo XIX y principios del XX intentaban sobre todo inscribir visualmente los nuevos procedimientos industriales y todo lo que los circundaba. De esta manera describían –aun sin quererlo– aquellas nuevas formas de dominación, opresión y servidumbre. Por poner un ejemplo, el lugar de posición en el encuadre y la diferencia de estatus o distinción entre el obrero y el patrón: el primero, en faenas o en el centro de la imagen mirando directamente a la lente de la cámara, investido de sus herramientas de trabajo; el segundo, bien vestido y dominando la escena, como si sus ojos fuesen el panóptico. O casas y habitaciones pampinas en contraposición a los pasatiempos lujosos de los dueños de las salitreras; o la dominación e incisión del territorio y el paisaje a través de las chimeneas, en confrontación con los campamentos; y, por supuesto, la anulación de los pueblos indígenas.

La separación de clases según procedencia y poder adquisitivo fue fotografiada como algo irrefutable por el bien del proyecto mayor, que era llegar a ser un país desarrollado. Nuevamente la fotografía se ponía al servicio de su funcionalidad propagandística y, sin duda, estas imágenes fueron las que me-

⁶ Me refiero a los archivos fotográficos del Museo Histórico Nacional y de la Biblioteca Nacional, ambos dependientes de la Dirección de Archivos, Bibliotecas y Museos de Santiago de Chile. Además se puede revisar el archivo del Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico.

⁷ Esto visto desde una postura crítica frente al sistema capitalista de mercado y sus implicaciones en la construcción de nuestras naciones latinoamericanas.

⁸ Ronald Kay: *Del espacio de acá. Señales para una mirada americana*. Santiago de Chile: Editores Asociados, 1980, p. 25.

⁹ Sobre todo si entendemos que vivimos en tiempos de sobreabundancia de imágenes, en donde la importancia de la editorabilidad y la democratización de reproductibilidad se vuelven un punto de inflexión en su lectura.

por narraban la identidad que se buscaba edificar, ya que proveían a la historia de «medidas preventivas»,¹⁰ omitiendo la existencia de otras realidades.

Hasta hoy, gran parte de las fotografías del norte de Chile se centran en el paisaje y la minería; esto queda patente en la escasa incorporación de la presencia del hombre, como si este se desbordara del encuadre o se minimizara en escala, como si solo pudiese existir en su función de obrero o turista.¹¹ Otro rasgo es la poca presencia de indígenas. Los antropólogos María Paz Bajas y Pedro Mege dicen que este hecho podría deberse a que «hacia 1879 la población indígena de Tarapacá no solamente se encontraba al margen de los motivos de la guerra, sino también de los tres Estados en conflicto»,¹² lo cual hace indescifrable y muy compleja la aceptación del *otro*, identificándolo como peruano o boliviano, aunque fuesen chilenos. Esto es así porque se debía fijar una identidad nacional a un territorio recién anexionado, lugar que en su configuración étnica no tenía fronteras, pues eran todos andinos.

Las imágenes del salitre son cartografías simbólicas que se apropian de un imaginario, en este caso de algo así como el registro del *porvenir*. Pero también son relevantes porque muchas de las imágenes a las que hacemos referencia –en los álbumes *Oficina Alianza and Port of Iquique 1899*, en la colección del Museo Universidad de Navarra, y *Salitreras de Tarapacá*, de Louis Boudat–¹³ son las que ilustran nuestros libros escolares de Historia y Geografía. Este hecho nos hace reflexionar en torno a la identidad y alteridad de nuestra nación y nuestro pueblo, pues el ruido de la imagen (toda imagen) pertenece a la esfera de la interpretación, porque *el arte es justamente materializar – politizar – historiar las ideas*.¹⁴ En ese contexto las fotografías de las estructuras arquitectónicas de las salitreras y los retratos estereotipados de obreros e indígenas son capaces de convertirse en ruinas anticipatorias de catástrofes y matanzas, de lugares de segregación y espacios de capital. Es por ello que no existe ingenuidad posible en las imágenes, son puro simulacro.

Podríamos decir que tanto fotógrafos como fotografiados aprendieron a ponerse en posición de equilibrio frente a la toma fotográfica y al dispositivo, pues uno no sale *del cuadro* sino que justamente se pone *en cuadro*, en el lugar que socialmente le compete. El tema más conflictivo es que la imagen ha sido utilizada por las estructuras de poder, convirtiéndose en patrón del espacio poético y político de la violencia, ese que se adueña del discurso de aceptación de la realidad y de los medios de circulación que nos asedian con imágenes

¹⁰ Título del libro editado en el marco del centenario de la matanza de Santa María de Iquique: Isabel Jara et al.: *Medidas preventivas*. Santiago de Chile: Ediciones Metales Pesados, 2008.

¹¹ Margarita Alvarado Pérez; Carla Möller Zunino: «Fuera de cuadro: Representación y alteridad en la fotografía del indígena del desierto y el altiplano», Margarita Alvarado et al. (eds.): *Andinos. Fotografías siglos XIX y XX. Visualidades e imaginarios del desierto y el altiplano*. Santiago de Chile: Pehuén Editores, 2012, p. 36.

¹² Véase María Paz Bajas y Pedro Mege: «Paradigma visual del indígena del desierto y el altiplano. Antropología de la fotografía», Margarita Alvarado et al. (eds.): *Andinos. Fotografías siglos XIX y XX. Visualidades e imaginarios del desierto y el altiplano*, op. cit., p. 43.

¹³ *Oficina Alianza and Port of Iquique 1899* contiene casi las mismas fotografías y secuencia que el álbum mencionado en la nota 1. El álbum de Louis Boudat puede verse en: www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0000316.pdf.

¹⁴ Véase Sergio Rojas: *El arte agotado*. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 2012.

predeterminadas, vaciadas de sus contenidos primarios. Ahí, en las formas de su circulación, hay una compleja construcción de nuestra manera moderna de sometimiento.

El territorio del norte de Chile tiene que ver con el proceso de la muerte y la memoria, del «progreso» y la entrada al país de las políticas neoliberales. Pero también es el lugar de los anarquistas, de Luis Emilio Recabarren, de la oligarquía, de los sindicatos, de la muerte de José Manuel Balmaceda, del mineral y del capital chileno; es territorio de la guerra, de la nacionalización del cobre en la década de 1970 con Salvador Allende; es el lugar de andinos (quechuas y aimaras) y del desierto más árido del mundo, es el lugar de la nostalgia de la luz.¹⁵

Las fotografías se convierten así en un campo expandido. Y es que si bien la imagen ha domesticado nuestra mirada, al parecer ella misma puede devolvernos también nuestra capacidad de *desocultamiento*, pues los contextos de recepción son determinantes para entender o vislumbrar lo ahí fotografiado. Como dice Georges Didi-Huberman, «el objeto de la imitación no es un objeto, sino el ideal mismo».¹⁶ Este ideal de construcción de imaginarios, de interpretaciones, de circulación de ideologías, de la sobredimensión del encuadre, de la tiranía de la imagen, de la morbosidad del sentimiento de representatividad a través de la *hiperrealidad* de lo ahí acontecido, todo ello nos ha obnubilado. Algo así como la ironía de la ironía.

Las imágenes de las salitreras del norte de Chile de finales del siglo XIX son el presagio de un sistema económico y de la desmemoria de una cultura. Las imágenes de las últimas campañas de promoción turística del mismo territorio no se alejan de esto.¹⁷ El texto que acompaña la fotografía que ilustra el norte de Chile en la campaña «Chile hace bien» de la Fundación Imagen País dice: «[...] Bajo los intensos rayos del sol, que entibian kilómetros de arena, hombres del norte conviven entre el silencio y el viento trabajando la seca tierra del destierro más árido del mundo.»¹⁸ El desierto como analogía del destierro, y el destierro de la expulsión forzada de sus habitantes, de sus recuerdos, de su historia.

Andrea Jösch es fotógrafa y profesora universitaria. Trabaja en el campo de la fotografía y la imagen desde el año 1998. Es editora de la revista Sueño de la Razón.

¹⁵ Véase el documental *Nostalgia de la luz* del realizador chileno Patricio Guzmán (2005-2010).

¹⁶ Georges Didi-Huberman: *La imagen superviviente. Historia del arte y tiempo de los fantasmas según Aby Warburg*. Madrid: Abada Editores, 2009.

¹⁷ Me refiero a las campañas oficiales de promoción llevadas a cabo por la Fundación Imagen País (www.imagendechile.cl) y el Servicio Nacional de Turismo (SERNATUR).

¹⁸ Véanse imágenes de la campaña referida en: pegaelgrito.bligoo.com/content/view/993352/Bicentenario-Chile-Nueva-Imagen-Pais.html#UreFxWRDvkU.

TRABAJADORES DEL SALITRE Y POLITIZACIÓN POPULAR EN TARAPACÁ A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

PABLO ARTAZA BARRIOS

La violenta represión militar que, con el asesinato el 21 de diciembre de 1907 de más de trescientas personas en la Escuela Santa María de Iquique, puso fin a *la huelga grande* de los trabajadores salitreros de la nortina provincia de Tarapacá, constituye una clave vital en la historia de nuestro país.¹ Para la historiografía marxista, este trágico acontecimiento cierra la etapa inicial y formativa de la historia del movimiento obrero chileno, un periodo caracterizado por la estructuración de la clase proletaria y por el despertar de su conciencia reivindicativa; además, representa una radicalización en la lucha de clases,² aspecto que parece compartido por la historiografía conservadora, para la que este hecho representó el término definitivo del consenso nacional.³ Así, la radicalización del movimiento obrero basado en una mayor conciencia de clase es la gran consecuencia de la matanza de Santa María, pero la forma en que ha operado este proceso no cuenta aún con una explicación completamente satisfactoria. Ello nos obliga a centrar nuestra mirada en el impacto generado por la matanza, buscando las respuestas en el comportamiento de los propios actores que se vieron afectados,⁴ con el fin de esclarecer sus implicaciones en la radicalización posterior del conflicto social y sus repercusiones en la difusión de la conciencia de clase y en la politización del proletariado chileno, del cual surgiría en 1912 el Partido Obrero Socialista (POS).

Al referirse a este asunto, Hernán Ramírez Necochea explica el surgimiento de la conciencia de clase como producto del mismo conflicto social, ya que para él es ahí donde «se va templando la conciencia proletaria, la capacidad de lucha de los trabajadores se acrecienta y sus organizaciones se perfeccionan, adquiriendo orientaciones y fijándose objetivos cada vez más certeros».⁵ Con ello Ramírez Necochea remite el surgimiento y consolidación de la conciencia

¹ Esta masacre, que sirve para caracterizar la etapa inicial —*la etapa heroica*— del movimiento obrero chileno, ha sido ampliamente relatada por la historiografía, y tanto la descripción de esta huelga general de trabajadores en la provincia como las características duramente represivas que asumió el sector patronal y el Estado para poner fin por la vía de las armas a esta movilización, pueden apreciarse en Eduardo Devés Valdés: *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María, Iquique, 1907*. Santiago: Ediciones Documentas, 1989; y en Pablo Artaza Barrios (et al.): *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*. Santiago: LOM Ediciones, 1998.

² Entre otros, Hernán Ramírez Necochea: *Origen y formación del Partido Comunista de Chile. Ensayo de historia del Partido*. Moscú: Editorial Progreso, 1984.

³ Gonzalo Vial: *Historia de Chile (1891-1973)*, vol. 1, tomo II. Santiago de Chile: Editorial Santillana, 1982; especialmente la cuarta parte.

⁴ Pablo Artaza Barrios: *Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900-1912*. Concepción: Ediciones Escaparate, 2006.

⁵ Hernán Ramírez Necochea, op. cit., p. 42.

de clase a un proceso derivado de la propia acción –política y reivindicativa– de los trabajadores; no obstante, aclara poco respecto a los mecanismos concretos que permitieron que se realizara dicho proceso.

Por esa razón, si consideramos relevante evaluar el impacto de la masacre de Santa María de Iquique en la profundización de la conciencia de clase del proletariado tarapaqueño y nacional, parece fundamental observar precisamente la *traducción o traducciones* de este hecho en el saber popular o, al menos, en las de sus principales organizaciones, ya que solo ahí podremos encontrar las claves interpretativas de la forma en que un acontecimiento concreto influyó en dicho proceso. Para ello intentaremos precisar cómo los trabajadores tarapaqueños vivieron, experimentaron y tradujeron la matanza, y cuáles fueron las modificaciones introducidas en el movimiento popular y en sus organizaciones.

La traducción popular de la masacre obrera

La masacre iquiqueña causó una profunda conmoción en el proletariado chileno, más aún en el tarapaqueño. Pese a los esfuerzos de la autoridad para ocultar y adulterar lo ocurrido, la *hecatombe* no pasó desapercibida para los obreros del país. La denuncia realizada por el movimiento popular a través de su prensa –aquella vinculada al Partido Demócrata, al movimiento mancomunal y al anarquismo– no calló la voz para condenar la brutalidad desplegada, y aportó una clave fundamental para acceder a la lectura popular de los sucesos de Santa María, lo que nos permite entender cómo esa experiencia jugó un papel en la adquisición de una mayor conciencia de clase por parte del proletariado tarapaqueño. La prensa obrera asumió los sucesos de Iquique mediante una lectura compleja, ya que no solo buscó la denuncia, sino que vio en ellos una lección que podía llegar a ser procesada y aprovechada por el mundo del trabajo.

En base a una revisión de la prensa popular tarapaqueña con posterioridad a la matanza, es posible determinar que los sucesos de Iquique fueron rescatados como una inmolación de sus compañeros de clase en su lucha por reivindicaciones justas. Antes que nada, los trabajadores realizaron un duelo que permitiera reparar a los sobrevivientes y, a la vez, homenajear a los tan brutalmente caídos. Paralelamente al homenaje se inició la recuperación popular orientándola hacia la extracción de lecciones, ya que el luto obrero no podía quedarse en la pasividad, sino que debía trocarse en acción; la muerte debía volverse vida y así transformar el martirio obrero en semilla de una nueva rebeldía popular. Esta traducción de la matanza se expresó en términos mayoritariamente pacíficos, aunque en algunas ocasiones puede apreciarse que era una delgada línea la que separaba la exigencia de justicia y castigo con la venganza proletaria. Pero donde incluso la venganza era leída como impulso a la acción, toda la energía se destina hacia el fortalecimiento de la unión obrera y la articulación de la clase, a las que progresivamente dieron una dirección claramente política. Es decir, que ante todo la prensa obrera trató de *leer* la matanza de Santa María como una simiente de unidad proletaria.

A estos aspectos centrales de la lectura popular se le unió un nuevo elemento que ayuda a explicar la radicalización de la conflictividad social con posterioridad a 1907, y a la vez evidenciar una modificación en la conciencia

de clase del proletariado tarapaqueño y chileno. Ese elemento fue la centralidad que adquirió la visualización –por parte de la prensa obrera y sus organizaciones y, por su intermedio, de los propios trabajadores– de que la lucha que desde hacía mucho tiempo venían enfrentando contra el capital no estaba intermediada por las máximas autoridades políticas del país, aquellas que con la masacre demostraron que actuaban en alianza con el capital. Para el mundo del trabajo la brutalidad desplegada por las autoridades en la represión de la huelga evidenció su parcialidad, perdiendo su supuesta neutralidad frente a los conflictos entre el trabajo y el capital. Ante esta situación, el proletariado tendió a reforzar su propia unidad, pero cimentada sobre nuevas bases. La alianza entre la autoridad y el capital no hizo sino reforzar la opresión y explotación de *los de abajo*, quienes vieron desaparecer un posible agente mediador. Con esta alianza de *los de arriba*, los trabajadores se vieron obligados a redefinir su apreciación de las relaciones sociales reconociendo la existencia de solo dos clases antagónicas: explotados y explotadores.

Unidad obrera y politización popular de la mano de Recabarren

Esta vertiente de la lectura popular de los sucesos de Iquique es la que nos permite comprender más fácilmente cómo, a partir de la acción proletaria expresada en la huelga y de una experiencia concreta –como lo fue la matanza–, el proletariado tarapaqueño profundizó su conciencia de clase, ya que los sectores populares replantearon su unidad de clase sobre la base de un nuevo diagnóstico de la realidad social en la que estaban inmersos; una realidad en la que las autoridades no constituían un actor independiente al cual podían apelar, sino que se habían manifestado asociadas al sector patronal y –ante la visión popular– se habían vuelto cómplices del enemigo tradicional, cómplices del capital. En las tierras del salitre esta radicalización del conflicto social se vio reflejada en una mayor politización popular. Como bien ha descrito Julio Pinto, a partir de la matanza obrera el proletariado tarapaqueño incrementó el *ritmo de politización* que venía manifestando durante la última década del siglo XIX, reforzando primero la acción política desplegada por la agrupación local del Partido Demócrata, para luego remarcar su conciencia de clase al formar el Partido Obrero Socialista en 1912.⁶ La alternativa socialista que surgió con fuerza en el espacio salitrero a partir de la fundación del POS, nació de la crítica radical a los postulados y prácticas del Partido Demócrata, que solo se proponía reformar, «ampliar y suavizar» las instituciones existentes, pero sin alterar los cimientos de una sociedad fuertemente estratificada y desigual, según las palabras de Luis Emilio Recabarren, quien posteriormente fue reconocido como el padre del movimiento obrero y de la izquierda política chilena.⁷

⁶ Julio Pinto Vallejos: *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*. Santiago de Chile: Editorial Universidad de Santiago, 1998, y «Salitre y socialismo: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista», *Historia*, vol. 32 (1999), pp. 315-366.

⁷ Véase Sergio Grez Toso: *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2011.

Las lecturas populares extraídas de esta dolorosa experiencia y el nuevo diagnóstico de la realidad social que generaron, fueron los estímulos que sirvieron a Recabarren para dar el salto desde su lugar en las filas del Partido Demócrata y convertirse en el gestor de un nuevo instrumento político popular. Según Sergio Grez, Recabarren llegó a la conclusión de que democracia y socialismo no eran lo mismo, contrariando la creencia habitual existente en amplios círculos obreros y populares. A partir de ahí, mientras que la *democracia* proclamaba la reformulación de diversas instituciones sociales y la armonización entre capital y fuerza de trabajo, el *socialismo* pregonaba la socialización común de la propiedad de la tierra y de los medios de producción, pero también la abolición de aquellas instituciones calificadas de caducas e inútiles desde una perspectiva revolucionaria. Recabarren fue quien supo canalizar y conducir, a través del nuevo partido obrero –del cual él era su máximo líder–, las demandas de los sectores populares y su aspiración de representación parlamentaria, superando el limitado programa demócrata.

Desde su fundación, el Partido Obrero Socialista concibió la crítica política y su participación en los actos electorales como parte de un programa de acción mucho más amplio y general que el de las organizaciones políticas que lo precedieron, y en él se entremezclaron, inicialmente, la acción gremial y cooperativa con la acción política.⁸ De este modo, la lucha política se integraba con la lucha económica por el mejoramiento popular y ambas, a su vez, con un amplio proyecto cultural que incluía el teatro obrero, las conferencias, la publicación de periódicos y folletos, y la fundación de escuelas, entre muchas otras manifestaciones. Gracias a todo ello, Luis Emilio Recabarren logró acrecentar el movimiento obrero tarapaqueño y chileno sobre la base de una identidad proletaria ampliamente fortalecida.

Pablo Artaza Barrios es historiador y profesor universitario en la Universidad de Chile. Su área de especialización está centrada en la historia social de Chile.

⁸ Julio Pinto Vallejos: *Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2013.



51



(SCL-2) SANTIAGO, Chile, Sept. 29 (AP)—The presidential salon where Marxist Salvador Allende reportedly committed suicide during the Sept. 11, is still in shambles and untouched. (A P WIREPHOTO) wfn/str 73 col

A History of Detonations, 2013

[p. 52] «El salón donde el presidente marxista Salvador Allende supuestamente se suicidó el 11 de septiembre se encuentra todavía intacto y desordenado.» (AP Wirephoto, Santiago de Chile, 29 de septiembre de 1973). [p. 27] «Nuevo presidente electo marxista de Chile: El Dr. Salvador Allende, presidente electo marxista de Chile, declara que no permitirá que el Partido Comunista ni ningún otro grupo dirijan su gobierno. El senador socialista, de 62 años de edad y que ha de ser confirmado como presidente el próximo sábado, insiste en que "ningún partido tendrá una posición dominante o de supremacía. Recuerden que yo voy a ser presidente [...] y tengo el sentido de la responsabilidad y la dignidad para ocupar el puesto más alto que se puede conceder a un hombre en este país".» (AP Wirephoto, Nueva York, 17 de octubre de 1971)



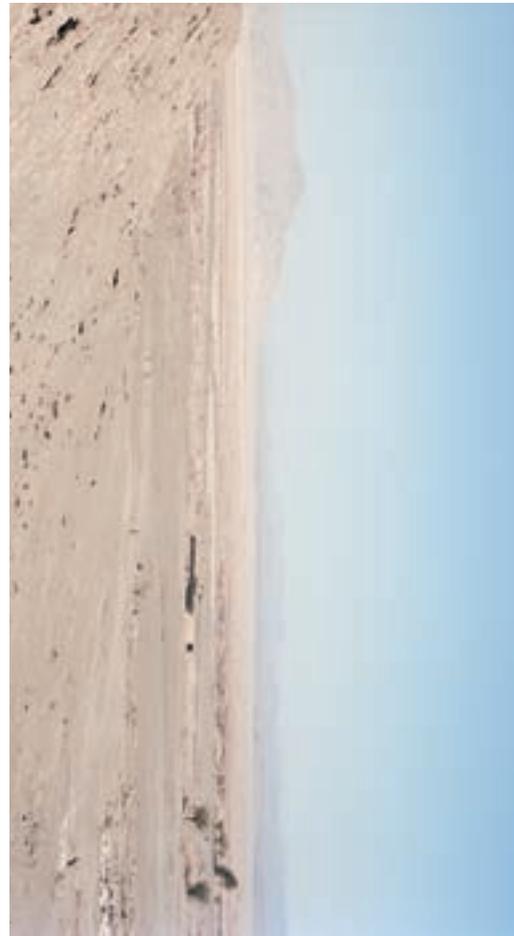


A History of Discoveries, 2013
 [pp. 54 y 25] Fotografías de prensa de la NASA. Imágenes enviadas por la sonda Viking 1
 desde la superficie de Marte entre julio y agosto de 1976.





A History of Detonations, 2013
[pp. 56 y 23] Barco alemán soltando una mina marina en el mar Báltico durante la Primera Guerra Mundial, c. 1915.





A History of Detonations, 2013

Oficina Alianza and Port of Iquique 1899. Album fotográfico en la colección del Museo Universidad de Navarra. [p. 58] Louise Purbrick examina la fotografía *Concha de secado y ensacado de nitrato*. [p. 21] Carta de J.I. Smail a Lord Aldenham enviada con el álbum *Oficina Alianza and Port of Iquique 1899*, el 18 de julio de 1900: «Mi querido Lord Aldenham, con la presente le adjunto un álbum de vistas de Alianza Iquique, que le pido acepte como recuerdo de la más reciente, y espero que no la última, de nuestras oficinas salitreras. Las vistas fueron tomadas a mediados del año pasado. Suyo muy sinceramente, J.I. Smail.»





A History of Detonations, 2013
[pp. 60 y 19] Postal publicitaria de Nitrato de Chile, c. 1920.

FOR THIS DESERT WAS ONCE BESIDE THE SEA, AS IT WAS ONCE BENEATH THE SEA